



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Objetivo vivir

El veterano agente del SID italiano, Hugo Melli, ha sido elegido para entrevistarse con la agente Baby de la CIA y llegar a un acuerdo de colaboración, ya que el SID tiene, herido en una clínica, a un supuesto agente de la CIA que intentó asesinar a una personalidad italiana. Baby quiere interrogarle para que le diga quién le contrató y por qué.



Lou Carrigan

Objetivo vivir

Brigitte en acción - 271

Archivo Secreto - 248

ePub r1.1

Titivillus 20.02.2021

Lou Carrigan, 1979
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Hugo Melli detuvo el coche en Vía Roma, muy cerca del Museo Nacional, en Palermo, Italia. En pleno mes de julio, hacía un tremendo calor en toda la isla de Sicilia y ni siquiera la visión del azul Mediterráneo era lo bastante refrescante.

Lo que sí habría sido refrescante, pensaba Hugo, habría sido permanecer de vacaciones en su pequeña villa, cerca a Anzio, donde tenía una hermosa piscina y un amplio jardín, lleno de pinos de frondosas copas. Debajo de esos pinos, Hugo no temía al más tórrido calor del mundo.

—Haga el calor que haga —solía decir—, debajo de mis pinos siempre se está fresco, siempre pasa una brisa especial.

Fuese o no cierto lo de la brisa, lo cierto era que en Palermo hacía un calor espantoso, y que Hugo Melli estaba de un humor más bien pésimo, por haber tenido que abandonar sus vacaciones y acudir a la isla para realizar la cita. ¡Y nada menos que en el Museo Internacional!

Cuando entró en éste, el silencio era total. Más que un museo, le pareció a Hugo una iglesia. Había un gran resplandor de sol por todas partes, hasta el punto de que, pese a venir del exterior Hugo tuvo que entornar los ojos. Pero la verdad era que, en el fondo, no tenía ni pizca de miedo. Le parecía absurdo citar a un espía en un museo para acribillarlo a balazos. Esto, por un lado. Y por otro, sobre todo estaba la personalidad del otro espía con el que tenía que encontrarse en el museo. Vistas así las cosas, es decir, considerando la personalidad del otro espía, Hugo se dijo que no tenía nada que temer. Nada en absoluto, seguro.

De modo que, tranquilamente, se dedicó a deambular por el museo, con cara de auténtico pasmo admirativo Es lo que siempre pasa. Uno está tan dentro de la olla que no ve los garbanzos. A los italianos les pasaba lo mismo con las cosas de su país: para ellos

eran tan naturales que ya ni les hacían caso, en la mayoría de ocasiones. Por ejemplo, en Roma a Hugo Melli no se le ocurrió nunca pararse a tirar una moneda en la Fontana de Trevi, o quedarse atónito contemplando la escalinata de la Piazza de Spagna. Bueno: pues miles de miles de turistas de todo el mundo lo hacían. Llegaban a Roma, y se apresuraban a correr para ver esto, aquello, lo otro, aquello de más allá.

Así es la vida.

Aunque a veces, ciertamente, influye la edad. Por ejemplo, a Hugo Melli jamás se le había ocurrido ser demasiado exigente, ni siquiera en cuestión de vinos y de mujeres. Cualquier botella o cualquier señora le iba bien, cumplía su servicio. Pero, desde que había cumplido los sesenta, Hugo Melli había comprendido que ya hacía años que se había convertido en un exigente degustador. Ya no bastaba beber, sino que había de beber algo que valiese la pena. Ya no bastaba acostarse con una mujer, sino que la chica tenía que ser agradable en otros aspectos; sobre todo, en la conversación. Una mujer que sólo supiese comportarse en la cama, a Hugo le dejaba ya indiferente. Tenía que saber otras muchas cosas: conversar de distintos temas, ser inteligente, comprensiva, simpática, tener alguna afición artística… El intercambio carnal va perdiendo interés con los años, y en cambio, el intercambio mental va aumentando en importancia.

Así es la vida.

Hugo Melli recordaba la última chica con la que había estado en la cama. Claro, a sus sesenta años ya no se permitía las mismas alegrías que a los treinta, pero, realmente, como él solía decir, aún estaba vivo y si estaba vivo, pues… eso, tenía que aceptarlo. La última chica había sido muy simpática, y tenía unos pechos magníficos, maravillosos. A decir verdad, Melli nunca había visto unos pechitos de mujer tan encantadores. Pero… mientras que los pechos estaban llenos y bien llenos de materia, la cabecita de la chica estaba vacía completamente. Mientras se cambiaron saludos sonrisas, todo fue bien. Pero, en cuanto, Hugo comenzó a hablar en serio la chica y sus pechos naufragaron escandalosamente. Ella debió…

—¿Señor Melli?

Pese a que estaba allí para eso, para la entrevista, Hugo casi

respingó. Pero se controló inmediatamente. No en vano era uno de los mejores hombres del SID italiano[1], todo un veterano. Un veterano que había tenido el privilegio de ser elegido entre otros muchísimos para acudir a aquella cita, allí, en el Museo Nacional, Palermo, Sicilia, Italia.

Hugo se volvió, comenzando a sonreír, porque de acuerdo a todos los datos obtenidos hasta entonces, tenía que hallarse frente a la mujer más hermosa del mundo, o poco menos. Pero la sonrisa del buen Hugo quedó convertida en una mueca de decepción cuando vio a la mujer que se había dirigido a él. Era más bien alta, cuadrada, como si su cuerpo fuese macizo como una roca. Era pasmoso el feísimo color de sus cabellos. Tenía la boca mal pintada, los ojos de un color marrón oscuro, las cejas, espesas e hirsutas. Vestía horriblemente, además. Le calculó alrededor de cincuenta años. Por la Madona, ¡qué mujer más horrenda!

—Así es —asintió, por fin, Hugo—. ¿Es usted Baby, de la CIA?

—En efecto. ¿Podemos hacernos cargo de su portafolios?

Melli asintió, entregando el portafolios a la horrible mujer que decía ser Baby. Ella ni siquiera hizo gesto alguno, pero un hombre, alto y rubio, apareció de pronto, se hizo cargo del portafolios de Hugo Melli, y se alejó. Entonces, Melli vio a los otros tres protectores de Baby para aquella entrevista. Después de más de treinta años de espionaje, Melli era capaz de identificar a un espía (si se dedicaba a ello, claro) desde mil kilómetros. Antes no se había fijado, pero, claro, era lógico que Baby hubiese acudido a la cita con personal de seguridad, con un buen grupo de sus queridos Simones, A buen seguro que la CIA no le habría destinado como guardaespaldas a unos cuantos inútiles, sino a los mejores hombres que tuviese en Europa…

—¿Ha venido solo, tal como se convino? —preguntó Baby.

—Desde luego.

—¿Y no teme que le ocurra nada?

Hugo miró con más detenimiento los ojos oscuros de la fea mujer. Allá en el fondo había una chispa que le sorprendió, como un destello de luz especial, de risa y de inteligencia.

—Si usted intentase algo contra mí, significaría, sencillamente, que no era Baby. Hace muchos años que oigo hablar de usted, en unos términos consoladores…

—¿Consoladores? —se sorprendió la fea.

—Es consolador saber que existe alguien que hace bien las cosas, incluso un trabajo tan puerco como el nuestro.

—Yo también tengo buenas referencias de usted —sonrió la espía más famosa y peligrosa del mundo—: ¿le han dicho que fui yo quien le seleccionó para la entrevista?

—No… ¡No lo sabía! ¿De veras fue así?

—Yo nunca miento, señor Melli…, salvo cuando me conviene.

Hugo Melli sonrió. Comenzaba a pasarlo bien.

—¿Y por qué me eligió a mí? —se interesó.

—Porque no me gusta conversar con gente que no sabe hacerlo. Usted tiene una edad adecuada para haber comprendido ya muchas cosas de la vida, y eso significa que, al menos que sea un estúpido, ha de resultar agradable conversar con usted. ¿Sería tan amable de invitarme a una cerveza fresca?

Hugo sonrió más que antes.

—Aquí dentro no hay cervezas —se lamentó.

—¿Y quién habla de permanecer aquí dentro? Podemos ir a una terraza fresca, con flores y plantas, a la sombra de unos árboles con muchas hojas, frescos, tupidos… ¿Conoce algún sitio así en Palermo?

El espía italiano estaba atónito, hasta el punto de que tardó algunos segundos en mover la cabeza afirmativamente.

—Sí, sí… Claro que conozco un sitio así. Pero me pareció que usted prefería…

Baby se tomó del brazo de Hugo, y señaló hacia la salida.

—Mire, señor Melli, yo soy una pieza muy codiciada en el mundo del espionaje, así que debo tener mucho cuidado. Estoy segura de que es usted perfectamente capaz de imaginarse la de trampas que me han estado tendiendo, durante todos estos años.

—Sí… Me lo imagino, sí.

—Pues por mucha que sea su imaginación, se queda usted corto. Así que, cuando se concertó nuestro encuentro aquí, yo tomé mis medidas de seguridad. ¿No na tomado usted las suyas?

—No. Yo sabía que la entrevista era con Baby.

—Y yo sabía que era con el buen Hugo Melli, pero debía estar segura. Ahora lo estoy, y es de suponer que todo irá bien, aparte de que, como ya habrá supuesto, mis Simones me están rodeando,

como si yo fuese una reliquia.

—Sí, sí, claro, es natural.

—Lo cual no excluye la posibilidad de que nosotros conversemos en un lugar más amable que éste, ahora que ambos estamos tranquilos. ¿Cómo se encuentra Arnold Buckee?

—Muy mal. Es posible que no pase de esta noche. Se está haciendo lo posible por salvarle la vida, pero los médicos son pesimistas al respecto. Lo siento.

—¿Lo siente? Bueno, claro; si Buckee muere, no podrá dar ninguna información. Y por el momento, está tan mal que cualquier… pequeña violencia contra él ocasionaría su muerte inmediata, con lo que el SID perdería toda posibilidad de conseguir cualquier dato.

—Tenemos esperanzas de que usted consiga algo.

Salieron a la calle, a Via Roma. Melli señaló hacia delante, y se dirigieron a pie hacia Via del Porto…, seguidos por tres hombres que parecían desear tener veinte ojos en lugar de dos, para mirar a todos lados a la vez. Baby volvió la cabeza, sonrió, y miró de nuevo a Melli.

—Debo advertirle que, en la Central, pese a todas las puntualizaciones que ustedes han hecho, siguen pensando que el hombre que está agonizando en Roma no es Arnold Buckee.

—Oh, vamos —refunfuñó Melli—. ¡No se puede ser tan terco! Varios de los agentes de la CIA en Europa vieron a Buckee a través del cristal de seguridad, en la clínica privada donde ha sido instalado. Ahora mismo, mientras nosotros conversamos apaciblemente, uno de sus compañeros está examinando todo el material de mi portafolios: más fotografías de Arnold Buckee, sus huellas digitales, un parte médico, una descripción anatómica total para que concuerde con la de los archivos de la CIA… El hombre que tenemos en esa clínica romana es Arnold Buckee, agente de la CIA, se lo garantizo.

—¿Y realmente formaba parte del grupo que intentó asesinar al señor Rumor, en el aeropuerto Leonardo da Vinci?

—Sin la menor duda. Parece que eran no menos de siete hombres, en total. Quizá alguno más… Ya sabe lo que pasa en situaciones como ésa, en pleno atentado: nadie se fija demasiado en las cosas, todos están asustados. Pero sabemos que eran no menos

de siete hombres; cinco de ellos escaparon, pese a que por lo menos dos lo hicieron heridos de cierta gravedad. Los otros dos eran Arnold Buckee, agente de la CIA bien conocido en Roma, y un griego llamado Nikos Telika, un vagabundo del que se sospecha que últimamente se ha dedicado a contratarse como mercenario. Claro, respecto a Telika no podíamos hacer reclamación alguna, pero sí podíamos protestar ante la CIA, y exigir explicaciones ante el hecho de que uno de sus agentes hubiese tomado parte en el intento de asesinato de nuestro ministro, el señor Mariano Rumor.

—La CIA no sabe nada al respecto.

—Bueno; eso lo dice usted, pero…

—No, perdón —se detuvo Baby—: yo no he dicho eso, por el momento.

—No comprendo —se desconcertó Hugo Melli.

—Pues es bien fácil. Quien dice ignorar el asunto es la CIA, no la agente Baby. Personalmente, no puedo garantizarle que lo que la CIA dice sea verdad, ya que bien podría tratarse de una de sus sucias jugadas internacionales.

—¿Está hablando en serio? —exclamó Melli.

—Naturalmente. Mire, señor Melli, yo he venido aquí para intentar convencer a Arnold Buckee, a fin de cuentas, uno de mis queridos Simones, de que me explique a mí qué es lo que intentaba realmente, y por orden de quién, él y los demás hombres, quisieron asesinar al señor Rumor. Puesto que la CIA se ha mostrado conforme a que sea yo quien interrogue a Buckee, debo pensar que, en esta ocasión, la Central de Langley está jugando limpio. Pero todavía no lo garantizo personalmente, con mi firma y rúbrica.

—Es asombroso… ¿Está protegiendo usted su… buena reputación profesional?

—Exactamente.

—¡Y lo hace incluso mostrando desconfianza hacia la CIA!

—Y hacia el SID, es decir, hacia ustedes. Podría tratarse de una jugada italiana, ¿no le parece?

—¡Claro que no! ¿Qué podríamos pretender nosotros, simulando una cosa así y mezclando a un agente de la CIA?

—Ustedes exigieron que, si la CIA enviaba a alguien para negociar y para hablar con Buckee, ese alguien fuese la agente Baby y nada más que la agente Baby. ¿Por qué?

—Estamos hartos de los agentes americanos. Pero en Roma se confía en usted.

—Entiendo. Bien, ustedes exigieron que yo viniese a Italia, yo exigí que la primera entrevista fuese con Hugo Melli, del que hace tiempo tengo buenas referencias, y, por el momento, todo está saliendo bien. Pero a mí, señor Melli, a mí personalmente, no me consta que usted y el SID e incluso la CIA, estén jugando limpio.

—¡Le aseguro que por mi parte…!

—No me asegure nada. Vamos a tomar ahora algo que nos refresque, mientras esperamos el dictamen de mis compañeros, expertos en identificaciones. Y si todo concuerda, iré a Roma a ver a Arnold Buckee, para que me diga por qué, siendo agente de la CIA, ha formado parte de un comando de asesinos, enviado contra el ministro italiano… ¿Le parece bien así?

—Sí… Sí. Y la explicación tiene que ser buena para que en Roma sea tenida en cuenta.

—¿Y si Arnold Buckee muere antes de que yo le vea o se niega a hablar, incluso conmigo?

—No sé. Desde luego, no será una situación agradable.

En Via del Porto encontraron un bar que tenía terraza en la calle, con flores, e incluso un bonito y tupido emparrado, que suplía muy bien a cualquier toldo o copas de árboles. Desde allí se veía el mar, de un tono azul verdaderamente intenso, increíble. La fea mujer de los indescriptibles cabellos pidió una jarra de cerveza, y Hugo Melli, un Campari con soda.

—Se está bien aquí —dijo Baby.

—Sí. No se nota tanto el calor.

—A mí me encanta el calor —sonrió Baby—, pero, claro, en un término razonable. De todos modos, soy capaz de aguantar calor y más calor hasta el extremo que le sorprendería. En cambio, me fastidia en horror el frío, desde aquella vez que me resfrié y se me puso la nariz colorada.

—¿Quiere decir que sólo se ha resfriado una vez?

—Que yo recuerde, sí. Fue en el Polo Sur. Y cuando digo el Polo Sur, digo el Polo Sur.

—¿Y qué hacía usted allí? —rió Melli.

—Si quiere que le diga la verdad, ya no me acuerdo. Esta es la verdad.

—¡Vamos…! Sencillamente, ésta es una de las veces en que a usted le parece conveniente mentir, Baby.

—En efecto. ¿Se da cuenta de la inconstancia del ser humano? Cuando estamos en el Polo Sur… o, en el Norte, claro, estamos suspirando por estar en el Ecuador. Y cuando estamos en el Ecuador, suspiramos de nostalgia por lugares como el Polo Sur… Claro que éste no es mi caso. Yo prefiero Palermo al Polo. ¡Se está tan bien al sol! ¿Qué opina usted del sol, señor Melli?

—¿Yo? ¿Del sol?

—Sí… Debe tener alguna opinión sobre la fuente de toda vida, en el planeta Tierra, ¿no es así?

—Bueno…

—¡Cómo…! ¿No sabe usted que si el sol se… apagase, nos apagaríamos también nosotros, posiblemente en cuestión de segundos? Por ejemplo, ahora estamos los dos estupendamente sentados en este agradable lugar, tomando una cerveza y un aperitivo con soda, gozando del sol y del fresco al mismo tiempo, viendo el mar, charlando como dos buenos amigos, o, cuando menos, como dos buenos colegas… Oiga, ¿sabe que estas aceitunas son estupendas?

—Me alegra que le gusten… Siga con lo del sol, por favor.

—Sí. Bien… Bueno, pues como le digo, aquí estamos tan estupendamente instalados y todo eso… Ahora, supongamos que, de pronto, igual que si fuese una bombilla, el sol se apaga. ¿Qué cree usted que ocurriría aquí abajo?

—¿Qué ocurriría?

—Que nos quedaríamos todos congelados como pollos, en menos tiempo del que se tarda en pensarlo. En un santiamén, ¡zas!, todos convertidos en carne congelada.

—¿Así de rápido? —sonrió Hugo Melli.

—Más o menos. Bien: ¿qué opina usted del sol?

—Es agradable —musitó Melli—. Como usted.

—¿Le parezco agradable?

—Mucho.

—¿Incluso de aspecto?

Hugo Melli vaciló. Y su vacilación fue tan evidente que comprendió que ya no podía arreglar nada con cortesías, así que dijo:

—De aspecto, no. Pero yo he llegado al momento en que sé valorar más otras facetas en las personas. Con usted, por ejemplo, no me importaría cenar varias noches seguidas. Aunque, a decir verdad, me gustaría que su aspecto fuese más… a lo vampiresa de película, ¿comprende? Llamativa, hermosa, radiante, con un cuerpo… Bueno…

—Lamento ser fea, de veras —rió Baby.

—De todos modos —frunció el ceño Melli—, tengo la esperanza de que, bajo ese disfraz, no sea usted tan fea como parece.

—¡Cómo…! —exclamó deliciosamente sorprendida Baby—. ¿Se ha dado usted cuenta de que voy disfrazada?

—Por supuesto. Se dice que es usted la mujer más linda del mundo, y, claro, es posible que exageren. Pero también creo que no puede ser tan fea como la estoy viendo.

—¿Ni tan linda como dicen?

—Siempre se exagera, ya sabe usted… Me parece que nos traen noticias.

Baby asintió. También ella había visto al agente de la CIA, expresamente enviado a Palermo desde los Archivos de la Central en Langley, para examinar las pruebas que deberían demostrar, de modo definitivo, si el hombre que tenían en una clínica los italianos era el desaparecido agente Arnold Buckee.

—¿Tiene su respuesta, Simón…? —preguntó Baby, cuando el espía se detuvo ante ellos.

—Sí. En mi opinión, y salvo que…

—¡No, por Dios! Si empezamos con nuevos condicionamientos, esto sería el cuento de nunca acabar. Ya sabemos que siempre queda una posibilidad de engaño, pero no podemos pasarnos la vida elucubrando sobre esa posibilidad. En su opinión, ahora mismo, sin más complicaciones…, ¿le parece que el hombre que tienen los italianos es nuestro compañero Arnold Buckee?

—Sí.

—Entonces, tendremos que ir a Roma.

—Cuando usted guste —asintió Simón, devolviendo el portafolios a Hugo Melli.

—Puedo organizar el viaje muy rápidamente —dijo el italiano.

—Nosotros —le miró con simpática sonrisa la agente Baby— ya lo tenemos organizado, colega.

Capítulo II

En efecto.

La CIA tenía ya organizado el viaje de su agente de lujo a Roma, y Hugo Melli no tuvo nada que oponer. Había sido enviado a Palermo solo, bien instruido respecto a que debía aceptar cualquier extravagancia de la agente Baby, hasta los límites que definiesen su propia seguridad personal. Pero como quiera que, precisamente junto a la fea espía norteamericana, Hugo se sentía tranquilo, a salvo, y en verdad muy agradablemente acompañado, no tuvo que poner límite alguno.

Así que aceptó ser llevado en coche al puerto, donde tornaron una lancha que emprendió rumbo al Norte. Fue poco tiempo, ya que apenas habían recorrido veinte millas cuando apareció el helicóptero, lo que sorprendió muy poco a Melli, ya que era absurdo suponer que Baby hubiese pretendido llegar en lancha a Roma, sabiendo que Arnold Buckee estaba agonizando, y que podía morir en cualquier momento.

Con el helicóptero, el viaje a Roma se cumplió en menos de dos horas, mientras almorzaban unos bocadillos que iban ya preparados, junto con bebidas frescas, en el helicóptero; en éste, además del piloto, Baby y Melli, viajaban tres agentes de la CIA. El otro se había quedado en la lancha, para regresar con ella a Palermo, desde donde iría a Cinisi, para tomar allá una avioneta con destino a Roma.

Poco antes de llegar a Roma, Hugo Melli había señalado hacia abajo, hacia la blanca mancha de una población frente al mar.

—Eso es Anzio —dijo—. Ahí tengo una pequeña villa, con muchos pinos, donde pienso retirarme dentro de poco.

Baby le había mirado, un tanto irritada, lo que sorprendió al italiano, ya que, hasta aquel momento, no había podido ser más simpática con él. Lo comprendió poco después: sencillamente, Baby

no quería conocer intimidades de nadie. Lo cual, Melli lo sabía perfectamente, era lo mejor que podía hacerse en la clase de vida que llevaban ellos…

—Usted dirá dónde está la clínica —había vuelto la cabeza el piloto americano para preguntarle.

Bajo las indicaciones de Melli, el helicóptero tomaba tierra, hacia las dos de la tarde, en el jardín de una discretísima clínica, en la que no sólo había pinos, sino flores y unos sorprendentes cedros. Estaban algo más arriba de Monte Mario, y desde allí podían ver prácticamente toda Roma. Cuando las aspas del helicóptero dejaron de girar, el súbito silencio resultó chocante y agradable. Él sol caía a plomo.

Hugo Melli saltó del helicóptero, después que lo hicieron los tres Simones, uno de los cuales, naturalmente, era el técnico de Archivos. Ya en tierra, Melli tendió la mano para ayudar a Baby, pero pareció que ella no le veía. Y Melli se quedó con la mano tendida, estupefacto, asistiendo a la más espectacular metamorfosis que había presenciado en su vida… La gorda y fea mujer de horribles cabellos y ojos oscuros se convirtió, en menos de dos minutos, en una mujer de grandes ojos azules, rostro bellísimo, largos cabellos negros suavemente ondulados, boca preciosa, barbilla encantadora, con su hoyuelo y todo… Las ropas de la «gorda y fea» quedaron a un lado, y tras quedar en pantaloncitos y sujetadores unos segundos, Baby se puso un vestido estival de color malva, que dejó aún más atónito a Hugo Melli, el cual seguía con la mano tendida, como convertido en estatua.

Cuando Brigitte *Baby* Montfort se tomó de aquella mano para saltar a tierra, por fin, Melli no pudo contenerse:

—*Sama Madona…! Sei la piú bella del mondo!*

—*Tante grazie, Hugo* [2] —sonrió Brigitte Montfort.

Había ya dos hombres ante la entrada a la clínica, mirando hacia el helicóptero. Dos hombres que permanecieron en silencio, pasmados, cuando Brigitte y sus Simones entraron en la clínica, ella tomada del brazo del todavía atónito Hugo Melli.

Dentro de la clínica había dos hombres más. Uno de ellos se quedó en el vestíbulo, y el otro, en silencio, precedió al grupo de norteamericanos. Subieron al primer piso, sin encontrar a nadie; solamente, en recepción, habían visto a una empleada, vestida de

blanco. El silencio era total.

Arriba, en el primer piso, todavía había dos hombres más, sentados en un sofá de la sala de espera. Eran de una edad aproximada a la de Melli, que los señaló.

—Son dos altos jefes del SID. Se los pres…

—No. No quiero conocer a nadie, ni que me conozcan a mí. Simplemente, vamos a ver a Arnold Buckee.

—Como usted quiera.

Los dos hombres, que habían hecho el gesto para ponerse en pie, captaron en seguida el gesto de Melli, se miraron, y volvieron a sentarse, frunciendo el ceño. Delante de una puerta que se veía desde donde estaban estos dos hombres, todavía había otro, de pie, que se quedó mirando, sorprendido, a Melli, cuando éste le pidió que abriera. Pero, por detrás de Melli y de Brigitte, uno de los dos jefes del SID estaba moviendo afirmativamente la cabeza, y el agente abrió la puerta.

Había una pequeña sala con sillas blancas, muy aséptica. Al fondo, un cristal, aproximadamente de un metro cuadrado. Brigitte se acercó, y, a través del cristal, vio la habitación que ocupaba el agente de la CIA. Arnold Buckee, el cual permanecía en la cama, inmóvil. Su rostro se podía ver perfectamente. Brigitte y el experto de Archivos cambiaron una mirada, y él cruzó el umbral de la puerta que había a la derecha del mirador de cristal. Le vieron aparecer en la habitación, y acercarse a Buckee. Examinó su rostro, y, con cuidado, imprimió las huellas de los dedos de ambas manos en un tampón, y luego en una cartulina especial. Allí mismo, comparó las huellas que él había traído de Langley con las del herido moribundo.

Por fin, salió a la sala mirador, y asintió:

—Ya no hay la menor duda, Baby; ese hombre es Arnold Buckee.

—Gracias, Simón. No quiero que entre nadie —dio un par de pasos hacia la puerta, pero se detuvo en seco y se volvió hacia Hugo Melli—. Ni quiero que la posible conversación sea grabada, Hugo. ¿Hay micrófonos ahí dentro?

Melli vaciló, pero en seguida asintió:

—Sí, los hay.

—Quiero que los retire. *Todos*.

Melli asintió, salió en busca del hombre de vigilancia, y entró

con él, medio minuto más tarde. El hombre parecía un tanto irritado, pero Baby le sonrió, y él acabó por sonreír también. En dos minutos, entre él y Melli retiraron los micrófonos. Cuando salían del cuarto, Brigitte miró fijamente a Melli.

—¿Los han retirado todos?

—Todos.

—Está bien.

La espía entró en el cuarto, cerró la puerta, y se acercó al lecho donde yacía Arnold Buckee, ya plenamente identificado. Acercó una silla a la cama, se sentó, y se quedó mirando las pálidas facciones del herido. Había recibido nada menos que seis balazos, cuando escapaba, después de tomar parte en el atentado contra el ministro italiano. Seis balazos. El hecho de que permaneciese con vida, era poco menos que milagroso.

—¿Puede oírme, Simón? —preguntó con voz normal Brigitte—. Soy Baby. ¿Quiere hablar de algo conmigo?

El herido, que estaba con la cabeza vuelta hacia donde se había sentado Brigitte, tenía los ojos cerrados. En realidad, parecía ya muerto…, pero hubo un leve agitar de párpados cuando la divina espía habló. Luego, muy lentamente, los ojos fueron abriéndose, y quedaron fijos en el pecho de Brigitte, pero sin verlo, evidentemente. La espía se inclinó hacia Buckee, acercando su rostro a los ojos de él.

—¿Puede verme? Soy Baby, Simón.

Hubo algunos parpadeos, una contracción en la boca. La expresión vacía de los ojos fue cambiando muy despacio. El pecho de Arnold Buckee apenas se movía… Aquel corazón se estaba parando, parando, parando…

—Si no puede decir nada, no lo haga —dijo Brigitte—. Sólo quiero que sepa que estoy aquí. ¿Me ha comprendido?

La cabeza de Buckee se movió apenas una décima de pulgada dos veces, pero Brigitte comprendió. Arnold Buckee volvió a cerrar los ojos, y su respiración se oyó con más fuerza, fatigosa. Brigitte miró toda la instalación medica que mantenía con vida a aquel hombre. Tan sólo con que uno de aquellos tubitos se desconectara o cualquier pequeño detalle dejase de funcionar como estaba previsto, ocasionaría la muerte del agente de la CIA en pocos segundos.

Eran aproximadamente las dos y media de la tarde.

A las cuatro, Arnold Buckee volvió a abrir los ojos, estuvo quizá un minuto contemplando el techo, y volvió a cerrarlos. A las nueve de la noche, de nuevo con la cabeza ladeada hacia Brigitte, el herido volvió a recuperar el sentido unos segundos. A las diez, fue atendido médicamente por quinta vez, desde que Brigitte Montfort había llegado.

—¿Está mejorando o empeorando? —preguntó la espía.

—Morirá antes del amanecer.

Cerca de las doce de la noche, Arnold Buckee volvió a abrir los ojos. Esta vez, había en ellos una curiosa expresión, que primero desconcertó a Brigitte, pero que luego interpretó exactamente: era la expresión del hombre totalmente lúcido, que de pronto abre los ojos, y segundos después se pregunta si ha estado soñando. ¿En qué había estado soñando Arnold Buckee? De pronto, volvió la cabeza, y la miró.

—¿Baby? —susurró apenas.

Brigitte se inclinó hacia delante, sin aspavientos, con suavidad.

—Así es, Simón. Hace diez horas que estoy aquí, esperando por si quiere decirme algo antes de morir.

Buckee parpadeó. Tres segundos más tarde sonreía levemente. La sonrisa del adiós, de quien, aunque no se lo hubiesen dicho, habría comprendido, en aquellos pocos segundos de lucidez, que su muerte estaba muy, muy cercana…

—Simón, ¿no quiere decirme por qué formó parte del comando que intentó asesinar al ministro italiano?

Él se la quedó mirando fijamente. Sus rostros estaban muy cerca. Arnold Buckee estuvo contemplando la noble frente femenina, los grandiosos y bellísimos ojos azules, la boca sonrosada, la correcta nariz… Estaba «fotografiando» la última imagen de su vida.

—¿Lo hizo por dinero? —se inclinó un poco más Brigitte.

—… Un tipo llamado Yago… nebra… con una Biblia —la voz de Buckee iba y venía, como la luz en una instalación en malas condiciones—. Rade-Bar… dólares… con Dictator… Baby… Baby… cielo… mundo… en Ginebra… nunca amor… aeropuerto… muere el hombre… vida… eterna…

De pronto, Arnold Buckee se calló. Quedó inmóvil totalmente, como súbitamente petrificado, abiertos sus ojos fijos en la espía internacional. Ésta adelantó una mano, y cerró los párpados del

agente americano.

Todavía estaba inclinada hacia él, contemplando el tenso rostro del cadáver, cuando la puerta del cuarto se abrió, y entraron Hugo Melli y los dos jefes del SID, con cara de sueño.

—¿Ha muerto? —preguntó Melli.

Brigitte se puso en pie, y salió del cuarto, a la salita mirador. Allí estaba Simón-Archivos, también con aspecto fatigado, pero siempre atento. Le ofreció un cigarrillo, que Brigitte aceptó de buena gana. Luego se quedó mirando a los tres italianos que, dentro del cuarto, parecían discutir.

—Ellos creen que Buckee le ha dicho algo —musito Simón—. No lo han perdido de vista ni un segundo.

Brigitte asintió. Los tres italianos salieron, y Hugo Melli se acercó a Brigitte.

—Nos pareció que sostenían una conversación. ¿Podemos saber qué hablaron?

—Puedo decirle lo que hablé yo, pero no lo que habló él. Sólo dijo palabras sueltas.

—¿Quiere decir que no le ha dicho nada concreto, nada que pueda explicar que un agente de la CIA formase parte de un comando que quiso asesinar al señor Rumor?

—Lo siento, pero así es. Ha hablado de dólares, del cielo y el mundo, de un aeropuerto, de que el hombre muere, de algo relacionado con la vida eterna… Ha pronunciado mi nombre algunas veces… Lo siento, eso es todo.

—¿Lo que él ha dicho no significa nada para usted?

—Por el momento, no, Hugo. Pero no dude que, si pudiese encontrar significado a sus palabras, con el fin de darle una explicación a ustedes, sería para mí muy satisfactorio.

—Mientras tanto —se adelantó uno de los otros dos—, todo sigue igual; nosotros queremos saber por qué un hombre de la CÍA intervino en el atentado.

—En mi opinión, que ustedes pueden estimar o desestimar, le están dando demasiada importancia a ese detalle. La CIA no ha tenido nada que ver en esto. Seguramente es una decisión personal de Buckee, que quiso ganarse unos cuantos dólares por un trabajo que podríamos definir como extra. Alguien debió contratar un grupo de hombres, Buckee se metió entre ellos, tentado por el

dinero, y tuvo mala suerte.

—¿A usted le parece eso factible?

—Desde luego que sí.

—Pues no nos parece un comportamiento adecuado en un agente americano.

Brigitte Montfort alzó su maletín rojo, con florecidas azules estampadas.

—Tengo aquí dentro, entre otras cosas, una pequeña radio, cuyo alcance es de cincuenta millas. Ni siquiera hace falta tanta potencia para comunicarme con mis compañeros de Roma. Si quieren, puedo hacerlo, les pediré que me informen de los nombres y direcciones de una docena de agentes del SID, iré a visitar a éstos, y les ofreceré veinte mil dólares por realizar determinado trabajo privado, que requiere hombres bien entrenados y discretos. ¿Cuántos de esos diez hombres de ustedes creen que aceptarían ese trabajo?

Los tres italianos quedaron silenciosos, enfurruñados. Por fin, Melli musitó:

—Bien, ¿cómo quedan las cosas entre el SID y la CIA?

—Podría decir que eso me tiene sin cuidado, pero no sería cierto. Creo que deberían mostrarse ustedes comprensivos, o cuando menos, comprender que, si la CIA hubiese tenido algo que ver en esto, habría hecho las cosas bastante mejor. ¿No les parece?

—El hecho cierto es que un agente de la CIA… —empezó uno de los jefes del SID.

—Escuche, señor, yo no he venido a Italia a discutir —cortó Brigitte—. Les he dado una explicación lógica, que deberíamos aceptar todos. Me parece absurdo que ustedes mantengan esa actitud hostil. Yo soy la primera en saber y decir, siempre que conviene, que la CIA es una porquería. Ahora bien, eso no significa que todas las porquerías del mundo las hagamos nosotros. Puede que uno de nuestros miembros, por conveniencias personales, haga algo, pero eso no justifica una discusión entre la CIA y el SID.

—Nosotros exigimos… —empezó el otro.

Hugo Melli se mordió los labios y cerró los ojos, viendo llegar el temporal. Y, en efecto, el temporal llegó, en forma de palabras pronunciadas por Baby.

—¿Ustedes… *exigen*? —cortó de nuevo la espía americana—. ¿A quién exigen? ¿A la CIA? ¿A mí? Bueno, nunca hasta ahora había

conocido tan gran parte de tontos con acceso a altos puestos en el espionaje. Les sugiero que se serenen, antes de exigirle nada a la CIA. Se entenderán mejor, con nuestra dirección, por medio del diálogo amistoso, se lo aseguro. En cuanto a mí, personalmente, ni siquiera voy a conversar un segundo más con unas personas que no han sabido ni darme las gracias por las molestias que me estoy tomando, viajando desde los Estados Unidos a Italia sólo para evitar fricciones. Caballeros: muy buenas noches tengan ustedes. Adiós, Hugo.

—La acompaño… —tragó saliva Melli.

—Usted sí es amable. Gracias.

Simón-Archivo se las había arreglado para que no se notase demasiado la sonrisita que fue apareciendo en sus labios, a medida que el chaparrón de tormenta caía sobre los dos italianos, que se quedaron en la salita, como clavados al suelo, lívidos, mientras Baby abandonaba el lugar.

Los americanos se reunieron junto al helicóptero, y sólo entonces, Melli murmuró:

—Le pido disculpas, en nombre de todos.

—De ninguna manera —rechazó la divina—. Usted no tiene por qué darme disculpas, así que no las acepto. En cuanto a esos dos caballeros, espero que tengan el buen sentido de enviarme una nota a Langley, disculpándose personalmente. ¿Puedo confiar en que nos facilitará usted el traslado de Arnold Buckee a Estados Unidos?

—Naturalmente. ¿Puedo decirle algo?

—Sin duda. ¿De qué se trata?

—Pese a las presiones controladas que hemos estado ejerciendo sobre Arnold Buckee, éste no ha dicho ni una sola palabra, en el tiempo que ha permanecido en la clínica. Con usted ha hablado, en cuanto ha reunido fuerzas para ello, lo cual es bien meritorio, ya que, lógicamente, debía tener menos fuerzas que cuando fue capturado, pues la vida se le ha ido escapando… ¿Verdaderamente no le ha dicho a usted nada que pueda aclarar un poco las cosas?

—¿Es usted capaz de guardar un secreto, Hugo?

—¡Naturalmente!

Brigitte Montfort tendió la mano al italiano, sonriendo, y diciendo:

—Yo también.

Segundos después, Brigitte *Baby* Montfort partía en el helicóptero, rumbo a lo desconocido. Por lo menos, Hugo Melli no tenía ni idea del lugar al que se dirigiría, desde Roma, la mejor espía del mundo.

Capítulo III

Por poco que se pensase, por poco cuidado que uno pusiera en interpretar las palabras de Arnold Buckee, era inevitable que llegase a las siguientes conclusiones, más o menos acertadas: había que ir a Ginebra, a un sitio llamado Rade-Bar donde se produciría el contacto con un tipo llamado Yago, que llegaba con una Biblia para ser identificado (esto no estaba muy claro, ya que también podía ser que la Biblia tenía que llevarla uno, para ser identificado por Yago). Lo que seguía luego, era evidentemente, el cobro de una determinada paga en dólares. Y todo ello, al parecer, estaba relacionado con algo o alguien llamado Dictator. Las demás palabras de Buckee sobre Baby, el cielo, el mundo, el hecho de no haber tenido nunca amor, y la vida eterna, se prestaban a muchas más posibilidades, que sólo harían que confundirlo todo.

Así pues, la agente Baby simplificó el asunto al máximo.

Ante todo, y ya sin hacer contactos directos con nadie del SID, se aseguró de que el cadáver de Arnold Buckee era enviado a Estados Unidos; sin lágrimas, ya que no había sido asesinado, sino que él mismo se había buscado su propia muerte, interviniendo en un acto de terrorismo, en un atentado.

Cumplido esto, la señorita Montfort desapareció hábilmente de escena, sin que ni siquiera sus compañeros de la CIA, que la habían estado acompañando, supiesen adónde había ido.

Pero, lógicamente, la señorita Montfort fue a Ginebra, Suiza. No como Brigitte Montfort, sino como la ciudadana francesa Monique Lafrance, nombre que precisamente había utilizado no hacía mucho en Francia.

Una vez en Ginebra, Monique Lafrance se dedicó, ante todo, a buscar el sitio llamado Rade Bar. Existía, y fue facilísimo encontrarlo, El lugar se llamaba exactamente La Rade Bar, nombre justificadísimo, ya que estaba frente a la rada del lacustre puerto de

Ginebra, en el lago Leman, justamente en el Quai Géneral Guisan, y casi enfrente mismo del Jardin Anglais. Es decir, muy cerca de los embarcaderos, junto al Pont du Mont Blanc.

Localizado el bar, Monique Lafrance no tenía ya nada complicado que hacer; simplemente, fue allá, provista de un vistoso y voluminoso ejemplar de la Biblia y, por supuesto, con su maletín rojo adornado con florecillas azules estampadas. Ocupó una mesa en la terraza-mirador encristalada, con vistas al lago y al Jardín Inglés, y se dedicó a degustar, con toda seriedad y apaciblemente, una botella de vino del Rhin, bien frío.

Esto, a partir de las cinco y media de la tarde, cuando el cielo estaba lleno de sol y el lago de blancas velas de las embarcaciones que lo surcaban. Hacia las siete, el cielo mostraba un tono decididamente rojo, como si allá arriba hubiese estallado un gigantesco tomate, que hubiera salpicado en forma de estrella. En unas nubes de increíble blancura, que semejaban auténtica nata, parecía que se había producido un incendio, tal era el juego de luces que el sol poniente hacía con ellas.

Era, por sí solo y por sí mismo, todo un espectáculo. Y gratis, tan gratuitas como son las mejores cosas de la vida, a saber, por ejemplo: la vida misma, el amor, la belleza, la bondad, el sol, el aire, la fruta, el agua…

—¿Es una edición inglesa? —oyó Monique en francés.

Monique Lafrance volvió la cabeza, y miró, como desconcertada, al hombre que había hecho la pregunta, y que estaba junto a ella. Un hombre de treinta años aproximadamente, guapo, alto, de rostro inteligente y simpático, bronceado. Vestía deportivamente, con elegante descuido. Parecía un alegre y sano muchacho, que acabase de llegar de una regata, y el ejercicio hubiese estimulado su optimismo y su simpatía.

—¿Qué dice…? —simuló no entender la espía.

—La Biblia —señaló el hombre—: le preguntaba si es una edición inglesa.

—Ah… No, no. Es francesa. ¿Por qué?

—Estoy buscando una edición en inglés.

—Bueno…, no tengo la menor duda de que podrá encontrarla en alguna librería, aquí mismo, en Ginebra… ¿O no?

—Tendré que intentarlo. ¿Está esperando a alguien?

Monique Lafrance sonrió un tanto secamente.

—Estoy esperando a alguien que, precisamente, se interese por mi Biblia.

—¿Y por usted no?

—Oh, a eso ya estoy acostumbrada; en general, los hombres sienten interés por mí, en cuanto me ven, señor…

El hombre sonrió, mientras recorría con la mirada los indudables encantos de la muchacha. No sólo tenía un cuerpo espléndido, sino unas facciones muy bellas, unos grandes ojos oscuros, una hermosa boca, roja y sonriente…

—Yago —sonrió el apuesto deportista—. Me llamo Yago.

—Es un nombre que me suena —sonrió ahora amablemente la bellísima Monique—. ¿No quiere sentarse, señor Yago?

—Sí, gracias, con mucho gusto. ¿Qué está bebiendo?

—Vino. ¿Usted gusta?

—¡Pues sí… Sí! Es usted muy amable, señorita…

—Monique Lafrance, parisina acostumbrada a viajar por todo el mundo, residente estos últimos meses en Roma, amiga de mucha gente… Por ejemplo, últimamente, de un apuesto griego llamado Nikos Telika.

—Entiendo. ¿Fue él quien le habló de este lugar y de la contraseña de la Biblia?

—Quizá —musitó Monique, haciendo una seña a un camarero.

—Me gusta su cautela —aceptó Yago—. Pero le ruego que comprenda usted la mía. ¿Sabe lo ocurrido con Nikos Telika?

—Sé que fue acribillado en el aeropuerto de Roma. ¿Tiene eso algo que ver con el «interesante» empleo del que me habló?

—Quizá —rió Yago.

El camarero llegó, Monique le pidió una copa para Yago, y se quedó mirando a éste, con suma atención.

—Es usted demasiado atractivo para llamarse Yago —sonrió, de pronto—. Si yo fuera usted, utilizaría otro nombre…, a menos que usted no haya oído hablar de un personaje llamado Yago, señor Yago.

—Es posible que no… ¿Qué personaje es ése?

—Es un traidor. Un tipejo que arruina las vidas de los demás. ¿No ha asistido usted a ninguna representación de *Otelo*, o, al menos, no ha leído la obra? De Shakespeare, claro está.

—Dicen que Shakespeare era un plagiario, que copiaba lo que hacían otros autores, con menos talento que él para entablar relaciones adecuadas.

—No puedo decirle si es verdad o mentira porque, sencillamente, no lo sé. Lo que sí sé es que su obra *Otelo* me gusta. Supongo que la conoce usted, señor Yago.

—No demasiado.

—Oh, estoy segura de que sí la conoce, pero se la puedo resumir: Otelo se casa con Desdémona, que es una jovencita preciosa y muy rubia, de carnes blancas como la leche, tierna, delicada… Eso significa un gran contraste con Otelo, que es moro, pero no importa, porque Desdémona es pura y fiel a su celoso marido. Impulsado por determinados planes, Yago provoca los celos de Otelo, mostrándole un pañuelo perfumado de Desdémona, y diciendo que uno de los capitanes de Otelo, un tal Casio, si no recuerdo mal, anda alardeando de la posesión de ese pañuelo…, y de las blancas carnes de Desdémona… ¿Y qué hace Otelo?

—Elimina a Casio, supongo.

—Eso es secundario. Lo terrible de la historia es que Otelo estrangula a Desdémona, a pesar de que ella le dice que siempre le ha sido fiel, a pesar de que, en el fondo, el mismo Otelo no puede creer que ella se haya entregado a otro hombre. Pero los celos pueden más que los razonamientos, y Otelo aprieta aquella delicada garganta hasta destrozar todo signo de vida en ella. La historia sucede en Venecia. ¿Conoce Venecia?

—Le aseguro —rió Yago— que no soy el Yago de esa historia.

—Naturalmente que no, ya que está situada en una época anterior a la nuestra. De todos modos, yo no utilizaría el nombre de Yago. Provoca una… impresión de… digamos que a quienes conocemos la obra de *Otelo*, podría predisponernos a desconfiar de usted.

El camarero llegó con la copa, la depositó ante Yago, y se retiró. Yago sirvió más vino a Monique, se sirvió a sí mismo, y se quedó mirando la copa.

—Un nombre no significa nada —musitó—. En cuanto a mí, he sido muchas cosas, pero nunca traidor.

—¡Eso puede significar que tiene muchos amigos! ¿Le gusta este vino?

—Es bueno —dijo.

—Ah, eso no lo discuto. Pero a mí no me gusta. Lo bebo porque es flojo, pero no me gusta. Prefiero los vinos con un poco más de… rabia, por decirlo de algún modo. Escuche, señor Yago, entiendo que con usted puedo ganar mucho dinero…

—¿Se lo dijo Nikos Telika?

—Sí. Ahora, dígame si es cierto o no. Porque si no es cierto, y considerando que Nikos ya no va a poder ayudarme, tendré que buscar por otro lado, sin pérdida de tiempo.

—¿Qué sabe usted hacer?

—Sé hacerlo todo.

—¿Todo?

—Absolutamente todo lo que un ser humano pueda hacer, lo puedo hacer también yo. Si todavía no lo sé, lo aprendo, pero puedo hacerlo todo.

—Parece usted muy decidida.

—Lo soy, sin duda alguna. Como suele decirse, lo mismo plancho un huevo que le frío una corbata.

—Será al revés —rió Yago.

—Lo de freír un huevo y planchar una corbata está al alcance de cualquiera. Yo puedo hacerlo al revés, si me lo propongo: es decir, que puedo planchar un huevo y freír una corbata.

—¿Sabe manejar armas?

—Algunas, sí.

—¿Está fichada por la policía de algún país?

—No. Ni siquiera como prostituta, desde luego.

—¿No lo es?

—En todo caso, sería una prostituta selecta, que escoge a sus amigos y que, generalmente, les resulta cara. Pero valgo la pena.

—Cuando menos, es agradable conversar con usted. Respecto al aspecto físico, no me cabe duda de que tenerla en los brazos ha de resultar una experiencia muy confortable. ¿Ha matado alguna vez?

Monique Lafrance se quedó mirando fijamente a Yago, durante unos segundos. De pronto sonrió, bebió otro sorbo de vino, ladeó la cabeza, y se quedó mirando socarronamente al simpático deportista. Eso fue todo.

—Está bien —alzó las manos Yago, como disculpándose—, no tiene por qué cometer la imprudencia de decírmelo. A fin de

cuentas, nosotros tenemos por norma no contratar mujeres.

—¿Eso significa que no piensa contratarme a mí?

—Es usted una mujer, ¿no es cierto? Pero quizá hagamos una excepción por esta vez, debido a la necesidad urgente de personal preparado para un trabajo… Y si usted da resultado, podrá quedarse en el grupo. ¿Habla inglés?

—Tan bien como pueda hablarlo un inglés, se lo aseguro —dijo Monique, en inglés.

—De acuerdo. Lo probaremos. Permítame invitarla.

—¡Claro que sí! —rió Monique.

Unos minutos más tarde, los dos salían del La Rade Bar, y caminaban por Quai Général Guisan, en dirección al puente. Se desviaron antes de llegar a éste, y fueron hacia los embarcaderos; allí, giraron a la derecha, enfilando Promenade du Lac, en dirección a Jetée des Eaux Vives. Se iba haciendo de noche, lentamente, con aquellas rojas tonalidades del sol, en un cielo donde iban desapareciendo las nubes de nata. En el lago se veían las luces de algunas embarcaciones.

—Ginebra es una ciudad hermosa, tranquila y limpia —dijo, de pronto, Yago—. ¿No le parece?

—Si usted lo dice…

—Yo diría que, incluso, elegante. Pero no una elegancia nueva, conseguida a base de estudiar cómo puede uno ser elegante, sino elegante porque sí, porque lo es de siempre y sin prisas. No sé si me explico.

—Se explica, puesto que yo le entiendo. ¿Es usted suizo, quizá, señor Yago?

—Italiano. De Venecia —se echó a reír él.

—No me diga, ahora, que está trabajando para alguien llamado Otelo.

—No, no —rió aún más Yago—. Trabajo para Dictator. ¿Ha oído su nombre antes de ahora?

—¿Dictator? No… No recuerdo, al menos.

—Pronto lo conocerá. Con usted, hemos completado el cupo de personal que precisamos para el siguiente trabajo, así que vamos a dedicarnos de lleno a ello, en cuanto lleguemos al yate.

—¿Eso quiere decir que ya no volverá por La Rade Bar en busca de más personal?

—No se preocupe, un ayudante quedará encargado de eso, y de ir seleccionando a los hombres que le parecerán dignos de ser entrevistados conmigo, a mi regreso. ¿Conoce Londres?

—Mejor que Ginebra.

—Eso no significa gran cosa.

—Conozco Londres muy bien. Casi tanto como París.

—Estupendo. ¿Tiene amigos allí?

—¿Qué clase de amigos?

—Digamos, gente que en un momento de apuro pudiera ayudarla, aunque fuese a esconderse un par de días, buscarle una lancha para cruzar el Canal, o un coche para ir hacia el Norte, a fin de poder subir allá a una avioneta… Gente de recursos, que no se le pongan los pelos de punta sólo porque ve a un par de policías.

—Entiendo. Sí, es posible que tenga algún amigo así, en Londres. ¿Quiere que les llame por teléfono?

—No, no… Eso sería una vez estuviésemos allí, y sólo en caso necesario. Lo mejor sería que nos las arreglásemos solos.

—¿Cuántos vamos a ser… para hacer qué?

—Tenga un poco de paciencia.

Alcanzaron el pequeño malecón, y lo recorrieron hasta llegar ante uno de los yates allí amarrado, que Yago señaló. Subieron a bordo en silencio, y en silencio pasaron junto al hombre que, como al descuido, era evidente que estaba allí de guardia, y que miró con no poca curiosidad a Monique Lafrance.

Cuando llegaron al salón del yate, los hombres que había allí también miraron a Monique en silencio y con curiosidad, pero sin exageraciones. Todo lo más, algunos observaron luego con gesto interrogante a Yago, que sonrió y encogió los hombros.

—Caballeros, les presento a Monique: será el último miembro del grupo expedicionario a Londres. Yo mismo me sorprendí al ver en el La Rade a una mujer, pero, tras pensarlo unos minutos, me dije que incluso podía sernos útil para determinadas circunstancias… ¿Alguien tiene algo razonable que oponer?

Nadie contestó. Monique iba mirando de uno a otro hombre, inexpresivo el rostro, sin una visible pizca de interés en los oscuros ojos…, hasta que Yago llamó a uno de ellos, cuyo nombre era Schultz, y ambos salieron a cubierta. Los demás se quedaron mirando con cierta guasa a Monique, que fue a sentarse entre dos,

en el diván corrido bajo el ventanal.

—¿Qué se acostumbra a cenar aquí? —preguntó.

—Eso sólo podría decírtelo Ennio, el cocinero. Y ése está en la cocina —contestó uno de los hombres—. Yo soy Piotor. Estos son Lukas, Weil, Jordan, Vittorio… Falta Ennio, que, como te digo, está en la cocina, y Markus, que está en cubierta, vigilando. Weil es el que pilota el yate. Sabe mucho de eso.

—Y los demás…, ¿de qué sabéis mucho? —sonrió Monique.

—Pues, por ejemplo, yo —rió Vittorio—, sé hacer feliz a una mujer.

—¿Comprándole vestidos y otras chucherías? —replicó Monique Lafrance.

Los otros soltaron una carcajada, y Vittorio frunció el ceño.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Y si lo dudas, sólo tienes que acostarte conmigo.

—¡Qué maravillosa perspectiva! —puso Monique los ojos en blanco—. ¿Será posible que yo, precisamente yo, la pobre Monique, haya sido elegida por los dioses de la felicidad para gozar de tan enorme privilegio sexual? Nada menos que acostarme con Vittorio, ¡oh, dioses!

La carcajada fue general, mientras Vittorio palidecía. Se disponía a replicar cuando Monique, ignorándolo, abandonó el salón, adentrándose más en el yate. Llegó a la cocina, donde un sujeto calvo y gordo, con cara de morsa, y con la cabeza llena de cicatrices, se quedó mirándola, estupefacto.

—Hola, Ennio —saludó Monique—. Tengo mucho apetito. ¿Puedo esperar una cena interesante?

—¿Quién eres tú? —graznó el cocinero.

—Monique. Soy nueva… La última adquisición de Yago para el viaje a Londres. ¿Crees que tendremos buenos vientos para navegar hasta allí?

Ennio abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir…

—Muy graciosa —farfulló—. ¡Muy graciosa!

—Sólo me hace gracia tener un yate tan hermoso en un laguito. Ya sé, ya sé, el Leman es bastante grande, pero no deja de ser un laguito, comparado con el mar… ¡Ah, el mar…! ¿Qué tenemos para cenar, Ennio?

—Lo sabrás cuando lo veas. Y lárgate de aquí… ¡No quiero a

nadie en mi cocina!

Monique regresó, riendo, junto a los demás. El yate no parecía tener nada especial. Era un yate, simple y llanamente. Un yate que, naturalmente, no podría navegar hasta Londres, metido como estaba en el Leman, prácticamente en el centro de Europa… A poco de regresar junto a los demás, y cuando estaba encendiendo un cigarrillo, Yago regresó al salón, y le hizo una seña a Weil.

—Zarpamos inmediatamente, Weil. Al centro del lago.

—Sí, señor —se puso en pie rápidamente Weil.

—¿Y Schultz? —preguntó Monique, como distraída—. ¿Se ha quedado arriba con Markus, vigilando?

—No. Schultz ha desembarcado, pues tiene algo que hacer en tierra; ya lo recogeremos mañana, o pasado. De momento, no lo necesitamos, pero sí necesitamos pasarnos un par de días navegando por el lago, estudiando bien todo el trabajo que nos espera en Londres. Lo primero que tenemos que hacer…

—Es cenar —dijo rápidamente Monique.

Yago la miró, y frunció el ceño. Pero acto seguido, sonrió simpáticamente.

—Monique tiene razón. Cenemos, y después, todos tranquilos y bien instalados, ya en el centro del lago, hablaremos del asunto.

Capítulo IV

—Ante todo quiero que conozcan a Dictator. Véanlo.

El salón del yate estaba a oscuras, de modo que la imagen proyectada en la pantalla portátil destacó enseguida nítidamente. Hubo un movimiento casi imperceptible de sorpresa; como una sorpresa superada por la admiración, por la incredulidad. Posiblemente, la que menos reaccionó fue Monique Lafrance. Al menos, exteriormente. Ni siquiera se le oyó un suspiro, ni parpadeó…

Pero sus ojos quedaron fijos en aquel rostro, aparecido en la pantalla.

Era increíble.

Increíble en todo. Parecía que no pudiese existir un rostro así en el mundo, pero allá lo tenían. El hombre debía tener unos sesenta años, y ya todos sus cabellos eran blancos. De una blancura de nieve, largos, en hermosos bucles, que colgaban más abajo de los hombros. Sus facciones eran tan hermosas y correctas, que se podía pensar que aquél no era un ser del planeta Tierra sino de otro Mundo donde todo fuese más perfecto. Era muy pálido, como si nunca hubiese tomado el sol. Su piel se veía finísima, delicada. Su frente era muy amplia; sus ojos, muy grandes, cándidos, bondadosos; y la boca mostraba una blanda sonrisa de persona tierna, suave, incapaz de la menor acción brusca, absolutamente incapaz de cualquier tipo de agresión o de violencia. Era como un viejo ángel, de juveniles y cándidos ojos azules, rebosantes de bondad…

—Capto perfectamente la sorpresa de todos ustedes —dijo, con tono satisfecho, Yago—. En efecto, éste es Dictator. Estoy seguro de que esperaban una persona muy diferente.

—No parece real —murmuró Jordan.

—Pues lo es. Dictator existe, es quien lo financia todo, es quien

lo piensa todo y lo dirige todo. Yo creo que cualquier persona que conozca a Dictator, comprenderá que no puede esperar nada malo de él. ¿Estamos de acuerdo?

Hubo unos segundos de silencio y Monique preguntó:

—¿A qué vamos a ir a Londres exactamente, Yago? Usted me preguntó si yo sabía manejar armas…, y después de ver a Dictator, no concibo que él haya planeado nada que tenga que ver con las armas.

Los restantes miembros del grupo asintieron enfáticamente a lo dicho por Monique. Yago pidió silencio, y fue a colocarse junto a la pantalla, de modo que, al resplandor de ésta, se le podía ver bien. Toda la belleza y apostura de Yago quedó como eclipsada, junto al rostro angelical de Dictator, en colores.

—Les comprendo a todos ustedes —dijo Yago—. Sin embargo, Dictator acepta el juego en todas sus facetas. Hay cosas que sólo pueden hacerse con armas… Pues bien: él utiliza las armas. De todos modos, celebro que ustedes hayan comprendido que Dictator no es… la Maldad, sino la Bondad.

—¿Quiere eso decir —preguntó Piotor— que, sea lo que fuere lo que hagamos en Londres…, será bueno, y no malo?

—¡Efectivamente, Piotor!

—¿Con armas?

—Con armas.

—¿Y el plan ha sido pensado por Dictator?

—Así es.

—¿Va a tener que morir alguien?

—El objetivo es un solo hombre, pero si para eliminarlo a él tienen que caer algunos más, así será. Mala suerte.

—¿Quién es el hombre que tenemos que matar en Londres? —preguntó Monique.

—El ministro del Exterior británico, Anthony Crossland.

—¿Por qué? —preguntó Jordan.

—Esa es una pregunta interesante, que contestaré después de explicarles el plan pensado para realizarlo en Londres. Y antes de explicarles dicho plan, quisiera saber si tienen alguna pregunta más que hacerme, para… ¿Sí, Monique?

Monique bajó la mano, mientras preguntaba:

—Me parece que no cometo ninguna indiscreción si digo que

sospecho que nosotros tenemos un cierto nexo de unión con el grupo que atentó en el aeropuerto de Roma contra el señor Rumor, el ministro italiano. Y usted ya sabe que tengo buenos motivos para suponer eso, ¿no es así?

—¿A qué motivos se refiere? —alzó las cejas Yago.

—Bueno, Nikos Telika era amigo mío, ya sabe. Él me habló del bar La Rade, y él fue quien, junto con otros hombres, atacó al señor Rumor, en el Leonardo da Vinci. Ahora, usted insiste en formar otro grupo para atacar a otro ministro, esta vez inglés… Debo suponer que usted fue quien organizó el anterior grupo, señor Yago. ¿O no?

Todos miraban fijamente a Yago, que terminó por sonreír.

—A fin de cuentas, me gustan las personas con sentido de la lógica. En efecto, Monique: Dictator organizó también el atentado contra Mariano Rumor.

—Pues ese atentado fue un fracaso.

Las palabras de Monique cayeron como agua helada sobre todos los presentes. Durante unos segundos, reinó un silencio tal, que incluso pudieron oír el leve chapoteo del agua contra el casco del yate.

—Hay otra cosa, además —prosiguió, por fin, Brigitte—: parece ser que el grupo constaba de siete hombres, de los cuales, uno murió en el mismo aeropuerto, Nikos Telikas, y el otro, un americano, falleció cuando lo llevaban en una ambulancia a un hospital de Roma; quedaron vivos, pues, cinco hombres, aunque los periódicos aseguran que dos o tres de ellos estaban heridos… Mi pregunta, en definitiva, es ésta: ¿dónde están esos cinco hombres, señor Yago?

—Están con Dictator.

—¿Con Dictator? ¿No sería más lógico, por su parte, utilizarlos también en este próximo trabajo?

Yago quedó meditabundo durante quince o veinte segundos. Por fin, mirando hoscamente a Monique, preguntó:

—¿Está usted sugiriendo que, después del trabajo, esos cinco hombres fueron eliminados, Monique?

—Sólo me gustaría saber dónde están, ya que, probablemente, a ese mismo lugar iremos los que sobrevivamos de este grupo, en Londres.

En el grupo sonaron murmullos de aprobación. Yago alzó las

manos, pidiendo silencio.

—La intención de Dictator es ir organizando un gran grupo, con el personal que vaya sobreviviendo a las misiones de introducción, en su acción saneadora del mundo. Esos hombres son retirados después de su primera misión, y pasan a ser entrenados en el Retiro. Es un modo de seleccionarlos. Pero todos están bien, magníficamente cuidados, y cobrando cada mes una cantidad con la que pueden hacer ingresos en bancos adecuados a sus conveniencias.

—¿Qué es el Retiro? ¿Qué es eso de «acción saneadora del mundo»? ¿Qué…?

—Señorita Lafrance —cortó secamente Yago—: tanto usted como las demás personas que hay aquí, irán conociendo las cosas poco a poco, de acuerdo a las normas dictadas por Dictator. Cada cosa a su debido tiempo. El que no esté conforme que lo diga. Podemos desembarcarlo ahora mismo. ¿Alguien quiere desembarcar?

—Yo quisiera, antes, hacer una pregunta —murmuró Vittorio.

—Adelante —autorizó Yago.

—¿Por qué fracasó el atentado del aeropuerto de Roma?

—Estupenda pregunta —sonrió fríamente Yago—. Fracasó porque yo no supe elegir personal adecuado, esa es te verdad. El plan de Dictator era perfecto…, como lo es esta vez.

—Si aquellos hombres fallaron…, ¿por qué los conserva? —preguntó Monique.

—Porque no fueron ellos los que fallaron, sino precisamente su amigo Nikos Telika y el americano. Se precipitaron, estaban demasiado nerviosos…, y eso lo echó todo a perder. Quizá suceda lo mismo esta vez: de ustedes depende. De un modo u otro, yo estaré cerca, y veré quiénes interesan para ser llevados al Retiro y quiénes no interesan. A éstos, se les pagará y asunto terminado. Los otros irán al Retiro, donde proseguirán entrenamientos intensivos. ¿Algo más?

Nadie contestó.

—¿Nadie quiere abandonar el yate?

Yago asintió, colocó en una mesita un pequeño magnetófono, y lo puso en marcha. A los pocos segundos, una voz lenta, suave, amable, de tonos bajos, acariciante, brotaba del aparato:

«Aunque todavía no nos conocemos, agradezco a ustedes que hayan aceptado trabajar conmigo, para el bien de todos. Sé que les sorprenderá que un hombre como yo autorice en algunos momentos el uso de las armas, pero en ocasiones no hay más remedio. De todos modos, nuestro objetivo final no es matar. Nuestro objetivo final es, precisamente, todo lo contrario: vivir… y dejar vivir. Yo voy a suplicarles que, por ahora, se conformen con esta explicación, y que tengan la certeza de que a mi lado serán ustedes considerados no como aventureros asesinos, sino como personas de bien, como pretendo ser yo mismo. Matar no va a ser para nosotros más que un medio; un medio desagradable, deprimente, tristísimo, pero inevitable. Hasta que todos comprendamos, así tendrá que ser, desgraciadamente. Ya todos conocen a mi fiel Yago, al que deberán obedecer como si fuese yo mismo. Por favor, presten a Yago la máxima atención…, y espero verles a todos muy pronto, en el Retiro. Hasta entonces. Adiós».

El mensaje hablado terminó. Naturalmente, todos habían comprendido que aquélla era la voz de Dictator, cuya imagen continuaba en la pantalla.

Y todavía continuó la imagen allí cuando Yago comenzó a hablar sobre el plan para asesinar al ministro inglés:

—Nuestro punto de ataque será, precisamente, la casa número 10 de Downing Street. Todos ustedes saben que en ese edificio acostumbra a vivir el Primer Ministro británico en funciones. Digamos que el 10 de Downing Street viene a ser algo así como la Casa Blanca para los americanos. Bien. Una noche cada semana, naturalmente si no está de viaje, el ministro del Exterior, Anthony Crossland, visita el 10 de Downing Street, para conversar con el Primer Ministro, en un plano… más personal que las conversaciones oficiales. Ahora, vamos a cambiar esto, para que todos lo entendamos mejor…

La imagen de Dictator desapareció, y en su lugar apareció la reproducción de una parte del plano urbanístico de Londres.

—… Aquí está Downing Street —señaló Yago con un puntero—. Es una callecita insignificante, pero muy… estratégica. Y elegante, claro está. Vean ustedes qué posición más interesante ocupa: está entre el famoso St. James Park, la Tesorería, el Foreign Office y Whitehall Street, precisamente frente a una Police Station. No

podemos dudar de que ésta ha de ser una zona muy bien vigilada, pero…

Veinte minutos más tarde, el plan había sido explicado exhaustivamente, y comprendido finalmente, de cabo a rabo, por todos. O al menos, así lo parecía, pero Yago quiso asegurarse:

—¿Alguna pregunta? —miró al personal asesino.

—Yo tengo un par, pendientes —sonrió Monique.

—Queda bien demostrado que las mujeres son mucho más curiosas que los hombres —sonrió amablemente Yago—. Monique no ha cesado de preguntar, de interesarse por todo, incluso por los más pequeños detalles.

—¿Le parece mal? —se sorprendió Monique.

—De ninguna manera. ¿Cuáles son sus preguntas pendientes?

—Quisiera que contestase la pregunta que hicimos al principio: ¿por qué vamos a matar al ministro británico Anthony Crossland?

—Porque lo merece.

—¿Por qué?

—Nuestro tribunal lo ha decidido así. Y nuestro tribunal no se equivoca nunca.

—¿A qué tribunal se refiere?

—Lo conocerán a su debido tiempo. Y sólo los que consigan llegar al Retiro. Los que no consigan llegar…, ¿para qué quieren conocer más detalles? Exponga su última pregunta, Monique.

—Está bien. ¿A qué se refería usted al decir *acción saneadora*?

—Esa es, precisamente, la función específica de nuestro tribunal. Lo que significa que entrará usted en conocimiento de esos detalles, cuando llegue al Retiro.

—Bueno —Monique movió la cabeza, y sonrió—, me temo que estoy pasando de pesada para convertirme en impertinente, ¿no es así, señor Yago?

—Sólo un poco —sonrió amablemente de nuevo Yago—. Pero me atrevo a sugerirle que reserve todas sus próximas preguntas para el momento oportuno —sonrió otra vez—. Yo le diré cuándo es el momento oportuno. ¿Alguien quiere beber algo ahora?

—Yo, champaña —alzó la manita Monique.

Todos la miraron. Vittorio sonrió torcidamente, y deslizó:

—Esto es lo que yo llamo una puta fina.

—Y tú eres lo que yo llamo un cerdo con corbata —replicó sin

inmutarse, Monique.

Vittorio palideció de nuevo, mientras los demás soltaban una carcajada. Yago hizo un gesto, pidiendo armonía, y fue a la cocina a preguntar a Ennio si había alguna botella de champaña fría. Había, ciertamente, y poco después, Monique alzaba su copa, dirigía una mirada circular, y exponía su brindis:

—Brindo por la vida…, si el señor Yago no se opone.

—Todo lo contrario —exclamó Yago—. Como les dije antes a todos, nuestro objetivo es vivir… y dejar vivir.

—Menos al señor Anthony Crossland, ministro británico. Salud, caballeros. Y feliz asesinato.

Capítulo V

Finalmente, en el yate reinó el silencio completo. Tendida en la litera del camarote que se le había asignado, Monique Lafrance veía la hora en su reloj de pulsera luminosa: las doce y media. Se habían retirado todos a descansar poco después de las diez, de modo que era de esperar que estuviesen durmiendo. La espera resultaba ya incluso excesiva, así que optó por pasar a la acción.

Tenía ya bajo la almohada la pequeña radio que había sacado del maletín al acostarse. La accionó, pero no obtuvo respuesta. Volvió a apretar el botoncito de llamada unos segundos más tarde…

—¿Sí? —sonó la voz masculina.

—Baby en Ginebra —musitó Monique.

Hubo unos segundos de silencio, de lógica vacilación que siempre se producían cuando ella llegaba a cualquier parte del mundo donde los Simones no la estaban esperando, avisados por la Central.

—¿Baby?

—Así es, Simón. Escúcheme atentamente, porque tengo que hablar en susurros, y no quisiera prolongar demasiado el contacto. Dentro de seis días, en Londres, el ministro británico del Exterior, señor Crossland, va a sufrir un atentado, frente al 10 de Downing Street. Lo que yo quiero…

—¿Cómo sabe usted eso?

—Sólo voy a hablar lo estrictamente necesario, así que no espere detalles. Como le decía, el señor Crossland va a ser objeto de un atentado dentro de seis días, o, mejor dicho, dentro de seis noches. Lo que yo quiero, con respecto a ese atentado, es que uno de los nuestros, viaje a Londres, y vaya al MI5, donde preguntará por el señor John Pearson. ¿Me sigue?

—John Pearson, sí. ¿Qué le decimos a *mister* Pearson?

—Es un viejo amigo mío[3], al que le dirán que el mensaje, el aviso sobre el planeado asesinato del señor Crossland, proviene de Baby, de modo que él no vacilará en seguir mis instrucciones en cualquier sentido…

—¿Cuáles son esas instrucciones?

—Por el momento, sólo éstas: no deben manifestar en modo alguno que están en conocimiento de ese atentado. Todo debe seguir sus cauces normales. Dentro de unos días, yo llegaré a Londres, y me pondré en contacto con el señor Pearson, utilizando la onda de nuestros compañeros del Sector Islas Británicas. Para ello, uno de mis Simones de allá deberá estar acompañando, con su radio, al señor Pearson. ¿Está claro?

—Desde luego. ¿Dónde está usted exactamente?

—Estoy en un yate, cuyo nombre es *Viking*, anclado en estos momentos en alguna parte del Leman; ignoro dónde. Quien manda aquí es un tal Yago, un muchacho guapo y simpático que, evidentemente, es algo así como el… secretario de un sujeto que se hace llamar Dictator, el cual está no sé dónde, esperando que cometamos el asesinato de Anthony Crossland para recibirnos en su Retiro, donde, al parecer, dispone de un tribunal, que es quien decide quién va a vivir y quién va a morir… ¿Se está usted riendo?

—No, no.

—Sí. Estoy segura de que se ha reído usted, Simón.

—Perdóneme —sonó ahora ya sin contener la risa la voz del agente de la CIA—. Es que mientras estábamos hablando antes, yo pensaba que su llegada podría ser algún truco de otro servicio secreto, y que usted no era usted, o sea, que no era Baby… ¡Pero ya no tengo dudas!

—¿Por qué no?

—Porque todas esas cosas tan fantásticas, sólo le ocurren a usted. A los demás espías nos quedan las migajas del aburrimiento… ¿No se da cuenta?: un tipo llamado nada menos que Yago, otro llamado Dictator, un tribunal donde condenan a la gente… ¡Desde luego que usted es Baby!

—Celebro que esté de buen humor —sonrió Monique—. Pero no me gustaría que se tomase a broma lo que le he dicho. Esta gente es la misma que se ocupó, hace días, del intento de asesinato de Mariano Rumor…, donde fue muerto a balazos nuestro compañero

Arnold Buckee. ¿Está al corriente de eso?

—Sí… Sí. Bueno, sólo lo que dijeron los periódicos, ya que, claro, ése no es mi territorio, no intervine en nada. ¿Qué es lo que está pasando, exactamente?

—Estamos hablando demasiado. Haga lo que le he dicho, y espere al próximo capítulo.

—De acuerdo —sonó de nuevo la risa ahogada de Simón—. No se fíe de ese tipo llamado Yago, ya sabe.

—No me fiaré —sonrió Monique—. Adiós, Simón.

Cerró la radio, se sentó en el borde de la litera, y tendió la mano hacia donde había dejado el maletín, dispuesta a guardar la radio.

Justo entonces, sonó la queda llamada a la puerta del pequeño camarote, y acto seguido, la voz, en la juntura del marco y la puerta. Monique no entendió lo que decían, pero sí identificó la voz. Estaba segura de que era Vittorio quien estaba en el pasillo. Guardó rápidamente la radio, cerró el maletín, y lo puso en la litera de encima a la que estaba utilizando.

—¿Alguien llama? —musitó.

—Soy Vittorio —llegó la voz de éste por la rendija—. Abre, Monique.

—Déjame en paz.

—Te conviene abrir. Pero si prefieres que vaya a ver a Yago, no tengo inconveniente.

Monique se pasó la lengua por los labios… Y con sólo este gesto, recordó que en aquel momento no llevaba su maquillaje especial, ni los rellenos del rostro y fosas nasales, ni las lentillas de contacto oscuras… Es decir, que, si Vittorio la veía, vería a Brigitte Montfort, no a Monique Lafrance.

—Espera un momento. Tengo que…

—Si no abres antes de tres segundos, comenzaré a dar golpes en la puerta. Uno, dos, tr…

Monique abrió la puerta rápidamente, por supuesto sin encender la luz. En el pasillo que distribuía los camarotes había un par de pequeñas luces encendidas, insuficientes para iluminarla a menos que ella saliese del camarote, lo que no hizo, ciertamente. Fue Vittorio quien entró a toda prisa, cerró él mismo la puerta, y dijo:

—No enciendas la luz.

Monique contuvo perfectamente un suspiro de alivio.

—Está bien… ¿Qué es lo que quieres? Me has despertado…

—No es cierto. No estabas durmiendo, sino bien despierta. A menos que seas de esas personas que sueñan en voz alta…, pero, por favor, no me vengas con ese cuento.

—Pues no se me ocurre otro. ¿Estás seguro de que hablaba en voz alta?

—Vamos, vamos, déjate de tonterías. He estado esperando a que Jordan, que comparte mi camarote, subiese a relevar a Piotor en la vigilancia. Ahora, Piotor ya debe haberse dormido, después de cumplir su turno, y el mío no es hasta las tres… ¿Comprendes?

—No.

—Pues es bien fácil: voy a acostarme contigo hasta que me falten unos minutos para que Jordan baje a buscarme para que le releve hasta las seis. ¿Lo comprendes ahora?

—Escucha, Vittorio…

—Piénsalo bien. ¿Jugamos en la cama o voy a decirle a Yago que… sueñas en voz alta?

—Haz lo que quieras. Pero desde luego, no vas a ponerme ni un dedo encima, cerdo. ¡Fuera de aquí!

—Eres muy lista…, ¿verdad? Quieres que salga de aquí, y así no tendrás complicaciones. Esperas disponer de tiempo para salir corriendo a cubierta y lanzarte al agua para escapar, mientras yo voy a hablar con Yago… ¿Verdad que es eso?

Monique Lafrance sintió un escalofrío.

—Vamos, Vittorio, no te pongas pesado…

—Y tú no seas terca —las manos de Vittorio se posaron en los senos de la espía, cubiertos apenas por la ligerísima camisita de dormir—. ¿Qué más te da que te posea un griego o un italiano? ¿Acaso te parezco tan repugnante, realmente?

—No, pero no es momento de…

—Tonterías —jadeó, Vittorio, bajando la cabeza—: siempre es momento de hacer el amor…

—Por favor, no… No ahora…

—Va a ser ahora —Vittorio estaba ya lanzado, manoseando furiosamente aquella carne tersa y finísima, elástica, turgente—. ¡Ya lo creo que voy a tenerte ahora mismo…!

Tiempo atrás, Brigitte *Baby* Montfort quizá hubiese aceptado la situación, quizá hubiese cedido a los deseos de Vittorio, esperando

que, de este modo, la situación comprometida para ella se resolviese silenciosamente, sin más complicaciones. Pero tiempo atrás, la agente Baby podía ser más fácilmente engañada por un tipo como Vittorio que, de todos modos, le iría luego con el cuento a Yago, Y tiempo atrás, cuando un hombre la tocaba, no aparecía en la mente de la divina espía la imagen de Angelo Tomasini, Número Uno. Esta vez, sucedieron ambas cosas: no se fió en absoluto de Vittorio, y apareció en su mente la imagen del hombre que amaba…

Así pues, cuando Vittorio estaba ya perdiendo el control de sí mismo, y la empujaba hacia la litera, manoseándola rudamente y barbotando obscenidades, Monique Lafrance le disparó el puño derecho, describiendo un arco, y sobresaliendo el nudillo central del dedo corazón, en un *atemi* tremendo de efectos, pero bien controlado, suavemente aplicado, bajo la oreja izquierda.

Los efectos fueron la muerte.

Vittorio aspiró primero fuertemente, para, en seguida, emitir un seco ronquido. Monique se apresuró a sujetarlo, para evitar el golpe de su cuerpo contra el suelo, al que lo llevó con cuidado. Una vez depositado allí el casi palpitante cadáver de Vittorio, la espía más peligrosa del mundo quedó acuclillada junto a él, inmóvil. ¿Qué podía hacer?

Durante tres o cuatro minutos, permaneció inmóvil, pensando. Ya hacía rato que se había acostumbrado a la oscuridad de su camarote, es decir, al leve resplandor de la noche estrellada, que penetraba por el circular portillo del camarote. No: Vittorio no cabía por el portillo, así que no podía arrojarlo por allí a las aguas del lago. En cubierta estaba Jordan vigilando, así que no era fácil tirar a Vittorio por la borda, sin ser vista. ¿Podía montar una escena?

Una cosa que Monique no conseguía olvidar era la marcha del hombre llamado Schultz, el que había abandonado el yate, al poco de llegar ella. Respecto al cometido de Schultz lejos de allí, ella tenía una idea muy concreta. Claro que podía equivocarse, pero… ¿por qué no hacer las cosas de modo que quedase solucionado todo a la vez?

La mente humana es prodigiosa. Siempre tiene soluciones para todo. Colocad una mente en situación difícil, y veréis cómo encuentra una solución. Sea como fuere, y sea cual fuere la

solución, pero siempre existe una.

Todo consiste en tener necesidad de esa solución, en tener necesidad de usar la mente.

O en querer hacerlo.

—Se van a llevar un buen susto —sonrió Monique, en la oscuridad.

Yago despertó con tal sobresalto que se dio de cabeza contra la litera de encima. Acto seguido, saltó de la suya, se volvió para encender la luz, y, con el corazón latiéndole a velocidad desenfrenada, permaneció de pie en el centro del camarote que se había reservado.

Dentro de su cabeza, de todo su cuerpo, los golpes del corazón resonaban como golpes dados en un bombo gigante: ¡Bom-bom-bom-bom-bom…!

Y el grito seguía sonando.

En alguna parte, el grito seguía sonando, con fuerza. No, ya no era el mismo. Era otro grito. Un grito de mujer… Se oyó acto seguido un fortísimo golpe, que le pareció de una puerta al ser abierta violentamente y lanzada contra la pared, de nuevo el grito femenino, y luego algo que parecía un grito más fuerte, ahogado… Mientras oía esto, Yago había agarrado ya su pistola, colocada sobre sus ropas, y un instante después aparecía en el pasillo, casi al mismo tiempo que Ennio, el insociable cocinero, que también exigía un camarote para él solo.

—¿Qué pasa? —vociferó Ennio.

Yago no contestó. Ahora oía perfectamente los gritos de mujer. Por supuesto, Monique, no podía ser otra. Los gritos salían de su camarote, cuya puerta pudo ver abierta. Cuando echaba a correr hacia allí, se abría la puerta de otro camarote, y aparecían rápidamente Piotor y Lukas. Unos pasos más allá, salieron de su camarote Weil y Markus, con expresión igualmente sobresaltada… En la escalera que desde el salón llevaba a cubierta, resonaban las pisadas de Jordan, que llegaba preguntando a gritos qué ocurría allí dentro…

El primero en llegar ante la puerta del camarote de Monique fue Piotor, seguido de Lukas. Pero Yago llegó inmediatamente detrás, los apartó, encendió la luz del camarote, y entró, blandiendo su pistola. Respingó fuertemente al ver a Monique casi desnuda junto a

las literas, empuñando también una pistola, y la apuntó con prisa casi frenética.

—¡Deja esa pistola! —gritó.

Monique, que estaba mirando a Vittorio, caído en el centro del camarote, desvió la mirada hacia Yago; parpadeó, tragó saliva, y dejó caer la pistola. Yago hizo una seña a Piotor, que entró, se arrodilló junto a Vittorio, y le tomó el pulso en una muñeca, pese a que contemplaba el pequeño orificio en la frente del italiano.

—Está muerto —dijo, volviendo la cabeza hacia Yago.

Éste entró un poco más en el camarote. Los demás, en la puerta, miraban fijamente a Monique, que en aquel momento se pasaba las manos por la cara. Llevaba una camisita de dormir de transparencia casi total, de modo que todos veían la perfección de las líneas de su cuerpo, especialmente, en aquel momento, de los senos, de líneas increíbles, altas, bellísimas…

—Está bien —musitó Yago—, ¿qué ha ocurrido, Monique?

—La verdad es que no lo sé exactamente —susurró ella, muy serena—. Bueno, yo simplemente quise ir a ver si Vittorio era tan… hombre como quería demostrarme en todo momento, y…

—¿Quieres decir que fuiste a acostarte con él? —preguntó Piotor.

—Pues sí… Bueno, ¿qué le importa eso a nadie? Sólo a mí, ¿no es así? Sabía que Jordan tenía el turno después de Piotor, de modo que estuve esperando a que Piotor bajase y Jordan subiese a cubierta, dejando solo a Vittorio. Esperé un rato, para que Piotor se durmiese. Entonces, fui al camarote de Vittorio y Jordan.

—Si fuiste allí…, ¿qué hacéis los dos aquí? —se sorprendió Jordan, en la puerta.

—Espera. Yo sabía que Vittorio estaba solo, pero no sabía si la puerta estaba abierta o no, así que quise probar, en lugar de llamar en seguida. Estaba abierta, así que entré. Pensaba darle una buena sorpresa a Vittorio, metiéndome en su litera… Entonces, oí una exclamación, en la litera. Y caí en la cuenta de que estaba oyendo la voz de Vittorio… No sé cómo explicarlo. Oía la voz de Vittorio, pero no se me ocurría pensar nada al respecto. Pero cuando oí la exclamación, comprendí que algo raro estaba pasando… ¿Con quién hablas, Vittorio?, pregunté. Oí el grito de él, ahogado, como quien hace lo posible por no ser oído…, y de pronto, lo tuve encima mío,

diciendo que me iba a matar. Me puso las manos en el cuello, y entonces, yo le di un golpe en el cuello, debajo de la oreja, que sabía que iba a darme resultado… Conseguí apartarlo, desde luego, y salí corriendo de su camarote…

—Corriendo y gritando —puntualizó Yago.

—Sí… No acostumbro a gritar, pero estaba todavía sobresaltada por el ataque de él. Y además, quería avisaros a todos de lo que ocurría…

—¿Y qué ocurría?

—¡Yo qué sé! Os lo estoy contando, ¿no? Bueno, pues salí de allí corriendo… y gritando, y entré en mi camarote; cerré la puerta, pero él la abrió de un golpe. Entró… Yo ya estaba aquí, junto a mi litera. Entonces, agarré la pistola que siempre coloco bajo la almohada, me volví, y le disparé…

—¿A oscuras? —exclamó Piotor—. ¡Pues tienes una puntería formidable, Monique!

—Así es, pero te aseguro que disparé sin apuntar. Sólo le vi, más bien le oí, entrando como una fiera, y… disparé.

—Todo esto es absurdo —gruñó Yago.

—Vittorio no podía estar hablando con nadie, puesto que yo estaba arriba —asintió Jordan.

—Un momento —alzó una mano Piotor.

Se dirigió hacia la puerta, apartó a sus compañeros, y éstos lo vieron entrar en el camarote de Vittorio y Jordan. A los pocos segundos de haber encendido la luz, la voz de Piotor llegó al camarote de Monique:

—¡Yago! ¡Venga a ver esto!

Yago volvió la cabeza. Luego miró a Monique, se inclinó a recoger la pistolita, que miró con curiosidad, y finalmente señaló hacia la puerta con ella.

—Tú ven también, Monique.

—Voy a ponerme…

—Estás bien así. Todos hemos visto mujeres desnudas.

—Pero no como ella —no pudo evitar el comentario Weil, cuyos ojos relucían.

—No quiero tonterías en el grupo, lo advierto —dijo secamente Yago—. Vamos a ver qué ha encontrado Piotor.

Lo que había encontrado Piotor era una radio de bolsillo, que

estaba todavía sobre la litera inferior. El ruso la señalaba, en silencio. Yago se acercó, y la miró, sin tocarla todavía. Tras él, Lukas murmuró:

—Es una radio de bolsillo…

—Sé lo que es —murmuró Yago, que estaba lívido.

La tomó, y tras unos segundos de vacilación, apretó el botón de llamada. En el acto, de la pequeña radio brotó la voz de un hombre, en inglés:

—¿Qué ocurre, Víctor? ¿Por qué has cortado bruscamente la comunicación? ¿Víctor…? ¡Víctor!

El silencio en el grupo del yate *Viking* era tal que todos oyeron perfectamente el «clic» del corte de comunicación. Yago se quedó mirando la radio, pero parecía no verla. Estaba lívido, y en su frente, las venas parecían hincharse, como a punto de estallar.

—Hijo de perra —jadeó, de pronto—. ¡Maldito hijo de perra! ¡Weil, vámonos de aquí en seguida! Ya sabes adónde… Y llama por la radio, para que vengan a recogernos a todos en dos coches. Luego, como las otras veces, Ennio y tú os iréis con el yate al escondite. Y esta vez, mientras esperáis, dedicaros a cambiar de nombre y de aspecto al *Viking*. Diles a los de los coches que, antes de venir, envíen un mensaje a Roma, a Schultz, al Albergo California. Schultz llegará allá por la mañana: que regrese inmediatamente, que os diga cómo lo vais a recoger, y que se quede en el yate para ayudaros a ti y a Ennio. ¿Alguna duda?

—No, señor Yago.

Weil corrió hacia la cubierta, mientras los demás se quedaban sin saber qué hacer. Hasta que Yago se volvió, y señaló hacia el camarote de Monique.

—Jordan, Lukas, Piotor: empaqueten y lastren bien a Vittorio, y tírenlo al agua.

—Al parecer, no se llamaba Vittorio, sino Víctor —musitó Piotor.

—¡Naturalmente…! Ya me temía que sucediese algo así, pero no sospechaba de Vittorio. En realidad, cuando he decidido afrontar esta vez los encuentros en el La Rade Bar, ha sido para asegurarme de si había o no trampa. Los periódicos dijeron que uno de los terroristas que atentaron contra Mario Rumor había muerto en el aeropuerto, y que el otro había fallecido en la ambulancia, camino

del hospital. No me lo creí… Podría haber sucedido que el de la ambulancia, que era el americano Buckee, no hubiese muerto, y que hubiese mencionado las citas para reclutamiento en Rade Bar, y más cosas todavía, y estuviésemos todos en peligro… En el gran peligro que puede significar enfrentarse a la CIA…

—¿Cómo a la CIA? —respingó Jordan.

—Cuando contraté a Buckee en el La Rade, no sabía que era de la CIA. Schultz se enteró después, cuando ya había fallado el atentado contra Mariano Rumor. Así que había dos caminos a tomar con respecto a Arnold Buckee. Uno, que podía ser que, aun siendo de la CIA, hubiese acudido a trabajar para Dictator, impulsado sólo por el afán de ganar algo de dinero extra, sin comprometerse, ya que la CIA no se habría enterado nunca de su intervención en el atentado. Dos, que fuese en misión de la CIA que se hubiese presentado en el La Rade. De un modo u otro, yo tenía que saber si estábamos en peligro, qué podía haber dicho Buckee a la CIA o a la policía italiana. Parece que fue a la CIA, ya que el hombre que estaba en contacto por medio de esta radio con Vittorio es americano… Y por supuesto, Vittorio, siguiendo la pista que dejó Buckee, se había infiltrado entre nosotros para poder destruir nuestra organización…

—Yo creo que no puede ser que ese Buckee estuviese trabajando para la CIA, señor Yago —dijo Monique.

—¿Por qué no?

—Porque entonces la CIA habría impedido el atentado contra el señor Rumor, y desde luego, Buckee no habría sido muerto. Lo que seguramente pasó fue que el tal Buckee quiso ganar algo de dinero extra…, y fue *luego* cuando la policía italiana, o bien la CIA, se enteró del asunto. Parece que fue la CIA, en definitiva. Pero Buckee no pudo decir gran cosa, al parecer. Y Vittorio, menos.

—Ella tiene razón —apoyó Piotor—, pero el hecho cierto es que todos estamos en peligro, si tenemos detrás nuestro a la CIA.

—No —Yago señaló hacia arriba; todo el yate vibraba, ya en marcha los motores—. Weil nos llevará rápidamente a un lugar de la costa donde desembarcaremos a salvo, y luego esconderá el yate. No daremos tiempo a nadie para atacarnos.

—Pero ya no podemos ir a Londres… ¡Vittorio debió informar del plan contra el ministro británico!

—Sin duda alguna. Pero esperaremos… No hay prisa.

—¿De quién sospechaba usted que podía ser de la CIA en este grupo? —preguntó Monique.

—Pues precisamente de ti, querida Monique.

—¿De mí? ¡Qué tontería…!

—Quizá. Los demás ya estaban a bordo. Estuve tentado de no reclutar a nadie más, pero aún fui otra vez. Y te vi a ti, con la Biblia sobre la mesa. Sí, pensé que eras tú…

—Bueno —refunfuñó ella—, espero que se haya convencido de que no es así. ¿Puedo ir ya a vestirme? Si hemos de abandonar el yate, no voy a hacerlo así, supongo.

—Claro que no.

—¿Y adónde iremos? —preguntó Markus.

—Al Retiro —dijo Yago.

Capítulo VI

—Ya podéis quitaros las vendas —dijo Yago.

Monique fue la que se lo tomó con más calma. Mientras deshacía el doble nudo que sujetaba el negro pañuelo en la nuca, pensó en un instante en lo sucedido desde que abandonaron el *Viking* en un punto de la costa que supuso cercano a Morges, pues más allá de las luces de esta localidad vio el resplandor de Lausana. Tenía que ser así: Lausana delante, Ginebra había quedado atrás, y el yate había tocado fondo cerca de Morges. Luego había dado marcha atrás, y se había perdido en la oscuridad de las aguas del lago. Y por el momento, ella no podía comunicar a Simón adónde se dirigía el *Viking*, no sólo porque no lo sabía, sino porque, después de perder una de sus radios en el montaje de la escena con el cadáver de Vittorio, sólo le quedaba la radio disimulada en el paquete de cigarrillos, y pensaba reservar su uso para un momento realmente necesario, crucial.

Por lo demás, como la actuación de Simón también había sido buena, siguiendo las instrucciones que ella le diera por la radio, antes de dejar preparado el escenario para Yago y los demás, su situación era bastante sólida en el grupo que mandaba Yago. No sospechaba de ella, así que podría operar con cierta tranquilidad. Por lo tanto, no se había preocupado ni poco ni mucho cuando, poco después de desembarcar, fueron recogidos por dos automóviles…, cuyas placas no pudieron ver, y en los cuales estuvieron viajando, sin parar ni una sola vez hasta que faltaba poco para el amanecer, así que, después de tantas horas de viajar en coche Monique Lafrance no sabía en qué parte de Europa se encontraba…

Es decir, no debía saberlo, pero lo sabía. Seguramente Yago no había pensado en esto, pero ella sabía, al menos, que continuaban

en Suiza, puesto que no habían cruzado frontera alguna. Sí, estaban en Suiza todavía cuando todos subieron al hermoso helicóptero que, en estos momentos, relucía al sol tibio del amanecer, que había aparecido tras las altas montañas. En Suiza, pero… ¿dónde de Suiza?

Todo lo que veía, tras quitarse el pañuelo que le habían ordenado que se colocase al subir al helicóptero, eran montañas y el sol. Hasta entonces, mientras viajaron en coche, no habían temido que ella o cualquiera de los otros se orientasen, pero ahora, desde arriba, sí podían ver detalles que les sirviesen para saber dónde estaban o hacia dónde volaban: una montaña, un lago como el Leman… Pero eso debía haber sido antes. Ahora, estuviesen donde estuviesen, incluso aunque estuvieran a poca distancia relativamente de Berna, o Ginebra, o Lausana, lo cierto era que no podían saberlo. Montañas, el sol, el cielo… Eso era todo.

—¿Dónde estamos? —preguntó tontamente Jordan.

Por supuesto, nadie se dignó tan siquiera hacer un comentario más o menos mordaz a su tonta pregunta. Monique miraba hacia abajo; se veían puntitos de florecidas en las montañas, todo era espléndido, luminoso. A buen seguro que debía hacer casi frío en aquellas montañas…

—Estamos llegando —dijo Yago.

—Faltan cinco minutos —dijo el piloto del helicóptero.

¡Cuántas florecidas había en aquellas montañas…! Eran como una gigantesca alfombra de colores, que se fuese extendiendo hasta el fin, pero, a medida que pasaban por encima de ellas, se veía que no eran tan tupidas, sino que la sensación de alfombra la producía la perspectiva del vuelo y que, en realidad, estaban más diseminadas.

—¿Qué flores son ésas? —preguntó Monique.

—¡Edelweiss! —rió Lukas.

—Estúpido.

Lukas rió más. ¿Qué demonios podía importar que aquellas florecillas fuesen la famosa Edelweiss u otras cualquiera? Para él, aquellos detalles no tenían importancia. Y al parecer, tampoco para los demás, que le habían reído la broma.

La construcción apareció por fin, y Monique supo que habían llegado antes de lo que dijera Yago. Era una construcción alargada,

con tejado color tierra y paredes blancas; las ventanas se veían de un color marrón o algo parecido. Una construcción como debía haber a cientos en las montañas suizas, dedicadas a albergue.

—Ya estamos en casa —informó alegremente Yago.

—¿Dictator está ahí? —preguntó Piotor.

—Es posible, es posible… —rió Yago.

—Se me está ocurriendo algo verdaderamente interesante —dijo Monique—. ¿Os gustaría escuchar las descabelladas ideas de una aventurera?

—A mí lo que me gustaría —dijo Markus— es que esta noche me eligieras a mí para tus juegos de cama. ¿O sólo te gustan los brutos, como Vittorio?

—Vittorio, pobrecillo, estaba haciendo un papel, para convencernos a todos de que era un aventurero de poca categoría, cuando en realidad era un agente de la CIA, según parece —le miró Monique—. ¿No se te ha ocurrido pensar eso, cabeza de piedra? En cuanto a lo de acostarme contigo, ¿por qué no? Si me pagas bien…

—¿Cuánto es «bien» para ti? —rió Jordan.

—A propósito de eso —frunció el ceño Piotor—, todavía no hemos cobrado nuestros diez mil dólares, señor Yago…

—¿Acaso os servirían de algo en un lugar como éste, donde todo lo tenéis pagado?

—¿Todo? —saltó Jordan—. ¿Incluso una noche con Monique?

—Para pasar una noche conmigo a cambio de dinero —replicó Monique despreciativamente—, necesitarás mucho más dinero del que podéis reunir entre todos, cretino…

—¡No me digas…! Por cien dólares tengo, en Roma, o donde me dé la gana, una mujer que…, que…

—¿Qué?

—Me parece que Jordan iba a decir que esa mujer estaría tanto o más apetecible que tú, pero no se ha atrevido a tanto —rió el ruso —. ¿Cuáles son esas descabelladas ideas que mencionabas hace un momento?

—Pues creo que Dictator ni siquiera existe.

El helicóptero tocaba tierra en aquel momento. En realidad, mientras hablaban, todos concedían poca atención a la conversación, dedicándose con más interés a mirar alrededor. Pero cuando Monique pronunció sus sorprendentes palabras, todos se

volvieron hacia ella. Las aspas del helicóptero dejaron de girar, se hizo el silencio. Un silencio total. No se veía nadie, no se oía nada…

Fue Yago quien rompió la tensión, el desconcierto de todos, ante las últimas palabras de Monique.

—Evidentemente, Monique tiene una fantasía admirable. Bien, ya hemos llegado. Todos a tierra.

Sólo cuando todos hubieron saltado, aparecieron varios hombres, procedentes del albergue. Vestían ropa corriente, adecuada a la montaña: pantalones sólidos, jerseys, botas, camisas de colores… Era como una amable reunión de gente en vacaciones. Sólo que parecía que no había mujeres, lo cual podía extrañar a cualquier observador.

Alrededor del albergue, enormes extensiones llanas, amesetadas. Y miles de florecillas de un tono azul…, parecido al de las florecillas estampadas del maletín de Monique Lafrance.

—Supongo —dijo ésta— que aquí es donde se entrenan los que finalmente quedan seleccionados para el grupo, ¿no es así, señor Yago?

—Así es.

—Apostaría algo a que estamos bien comunicados por radioteléfono, por radio y hasta por heliógrafo, si es necesario… ¿Hay por aquí cerca alguna otra construcción, mejor escondida, desde la que se pueda observar ésta, posiblemente con prismáticos?

—¿Por qué habría de haber otra construcción?

—Porque pienso que quizá Dictator esté en ella.

—¿En qué quedamos? —sonrió Yago—. ¿Existe o no existe Dictator?

—Lo sabré seguro cuando lo vea —replicó Monique.

Yago asintió. Se alejó del grupo recién llegado, charlando con dos de los hombres que habían salido del albergue. Uno de ellos fue hacia la construcción y el otro quedó escuchando a Yago… Mientras tanto, del albergue salió de nuevo otro hombre, seguido ahora por varios más… Diecinueve, contó Monique. Todos ellos provistos de armas cortas, que relucían al sol: pistolas corrientes, automáticas, subfusiles… El helicóptero parecía una bola de fuego recibiendo los rayos del sol todavía naciente.

Markus le dio una palmada en una nalga a Monique, riendo.

—Despierta: Yago nos llama.

Fueron hacia allí. Yago señaló al hombre que había estado hablando con él.

—Este es Franz. Os instalará en el Retiro, y se ocupará de facilitaros armas, ropa adecuada y cualquier cosa que necesitéis. Durante el día de hoy podéis descansar, pero mañana comenzaréis los entrenamientos. ¿De acuerdo?

Todos asintieron. Yago se despidió con un gesto y se dirigió hacia el helicóptero, gritando:

—¡Eh, Van, ya puedes esconder el helicóptero!

Ya estaba dentro del albergue cuando Monique volvió a oír el motor del helicóptero. ¿Adónde iba Van a esconderlo? Tenía que ser cerca de allí, claro, para tenerlo disponible en un momento determinado… Franz estaba hablando, dándoles explicaciones, pero ella no lo escuchaba, sino que dedicaba toda su gran percepción auditiva al motor del helicóptero. Era capaz de saber si cuando dejase de oírlo era porque ya estuviese muy lejos o porque hubiese vuelto a aterrizar, cerca de allí. Y en este último caso, incluso podía calcular la distancia… El helicóptero dejó de oírse, de pronto. Se había detenido cerca de allí. ¿A qué distancia? Entre trescientos cincuenta y cuatrocientos metros. Aunque allá arriba, en el silencio limpio de las montañas, eso podía confundir a cualquiera.

—Me parece que no me estás escuchando.

Monique miró a Franz, que tenía un aspecto duro y viril, pero simpático, y le sonrió.

—Perdona… Sí, sí, te escuchaba, de veras…

—¿Y estás de acuerdo?

—Sí, naturalmente.

Los demás se echaron a reír, mientras Franz guiñaba un ojo alegremente. Sí, era simpático, pero Monique no entendía a qué venían aquellas risas.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó, sonriendo.

—¿Dónde dirías que estamos ahora? —preguntó Piotor.

Monique alzó las cejas. Estaban en una estancia donde sólo había literas, prácticamente, en hileras de tres.

—En el dormitorio del Retiro, claro está —dijo la espía.

—Exacto. Bueno, pues Franz acaba de decir que con nuestra llegada, el número total de colaboradores excede en uno al de literas, así que le parecía una buena solución que tú no tuvieras

litera propia, sino que cada noche fueses ocupando una distinta, con el fin de resolver el problema y proporcionamos goce a todos, uno por uno.

—Y tú has dicho que estabas de acuerdo —rió Lukas.

—Me parece que tendré que pensarlo detenidamente. Todos los días lo mismo es mucho trajinar, me parece a mí.

Franz fue el primero en soltar la carcajada y le dio una palmadita más bien amable a Monique en un seno.

—Arreglaremos lo de la litera. Acomodaros a vuestro gusto. ¿Este maletín es todo tu equipaje?

—Aquí sólo traigo cosas de mujeres. En cuanto a ropa, la que llevo puesta. Supongo que me proporcionaréis lo que necesite también en ese sentido.

—Todo se arreglará —aseguró Franz—. Hasta luego.

—¿No vemos el resto del cuartel? —preguntó Monique.

—Ya lo irás viendo por ti misma. Aunque, desde luego, siguiendo al pie de la letra las órdenes del señor Yago, te lo puedo ir enseñando todo, en plan de guía turístico.

—Me parece que tienes cosas más importantes que hacer ahí fuera —sonrió de nuevo Monique—. Ya nos arreglaremos nosotros. Gracias, Franz.

Éste hizo un saludo con la mano y salió del dormitorio. Los recién llegados se miraron unos a otros. Jordan y Piotor se tendieron en sendas literas, bien claramente dispuestos a descansar, pues entre unas cosas y otras no habían dormido aquella noche. Los demás estaban igualmente cansados, pero Lukas propuso dar una vuelta por el edificio. A su propuesta se unieron Monique y Markus, mientras Jordan y Piotor contestaban con un ronquido simulado, que hizo reír a Monique.

Media hora más tarde, Monique se tumbaba en otra litera, la última de una de las literas de tres, y cerraba los ojos… Pero, contra lo que solía ocurrirle, tardó en quedarse dormida; por simple reflejo defensivo, se resistía a ello, hasta que, finalmente, se dijo que era absurdo resistirse, ya que un momento u otro tendría que dormir; y, puestos a hacerlo, más valía no llegar al agotamiento, sino mantenerse lo más fresca posible.

Se durmió, tras recordar lo que había visto; además del dormitorio, al que se podía entrar directamente del exterior, o bien

por una puerta que comunicaba con la sala biblioteca del edificio, en éste había una gran cocina, un comedor capaz para treinta personas por lo menos, y cuatro aulas, con pupitres y bancos, y pizarras en las paredes, y mapas; también había una estrecha galería de tiro, en cuya entrada estaba el armero y un pequeño polvorín. Todo apretado, bien distribuido, en una construcción que jamás llamaría de modo especial la atención de nadie. Y en el supuesto de que alguien llegase inesperadamente allí, todo lo que había que hacer era cerrar la entrada a la galería de tiro, y a alguna ocasional pregunta curiosa, bastaba dar la explicación de que aquello era un centro privado de formación profesional para puestos directivos de empresas importantes europeas…

Despertó bruscamente al notar el contacto.

Por encima de ella, el rostro de Lukas sonreía; él seguía con la mano derecha sobre un pecho de Monique, apretándolo y moviéndolo.

—Hey —rió ahogadamente Lukas—. ¿No quieres comer algo? Son las dos de la tarde.

¡Plaf!, sonó la tremenda bofetada. Lukas lanzó un grito, perdió el equilibrio hacia atrás, pero finalmente consiguió agarrarse con ambas manos al borde de la litera de Monique, y mantener sus pies en el borde de la litera de abajo, a la que se había subido para llegar hasta la irascible francesa que, al no ver cumplidos sus propósitos, volvió a golpear al manoseador, de nuevo en pleno rostro, con tal contundencia que esta vez Lukas acabó por caer al suelo, pese a que fue agarrándose donde pudo.

Finalmente, su cabeza chascó contra el suelo y Lukas se sentó, se frotó con fuerza, y alzó la mirada hacia Monique, torciendo el cuello, y refunfuñando al verla asomada al borde de su litera…

—Puedes refunfuñar lo que quieras —dijo ella—, pero si vuelves a tocarme, te quedarás sin dientes. Te lo advierto, Lukas; mis pechos no son unos juguetes para ti, ni para los demás. Si lo olvidas, peor para ti.

Después de esto, comieron en paz. En el comedor, Monique conoció a los demás colaboradores de Dictator, y fue sacando conclusiones…, que, realmente, ya había obtenido por anticipado. En efecto, todos eran aventureros de poca categoría, gente expeditiva, capaz de degollar un canario por unos centavos. Los

había más rudos y más simpáticos, pero, en el fondo, todos eran igual: aventureros para los que la vida humana no tenía la menor importancia. Como quiera que Monique había tratado a muchos tipos semejantes, supo desde el principio caer simpática y al mismo tiempo dejar bien claro que del asunto de dormir cada noche en una litera, como se bromeaba, nada. Ya decidiría ella, si quería pasar la noche en determinada litera…

—¿Y los demás? —protestó un compañero del Retiro.

—Pues los demás, tendrían que conformarse con oír —dijo Monique.

—Será un buen programa de radio —rió Franz, que dirigía la broma desde el principio.

Hacia las cinco y media de la tarde, Monique estaba sentada en una roca, observando las evoluciones de un grupo de hombres, que ensayaban la acción de un *commando* atacando, cuando Franz se acercó a ella y se inclinó hacia su oído.

—Ven conmigo, tenemos que hablar.

Minutos más tarde, ambos entraban en la biblioteca, que era también sala de descanso. No había nadie allí, Franz señaló uno de los sillones, Monique se sentó y él fue a la cafetera, donde preparó dos cafés. Desde el sillón, Monique le observaba. Él silencio era total allí, en aquel momento.

—¿De qué tenemos que hablar? —preguntó cuando Franz llegó con café para ambos.

—Café italiano —señaló él las tazas—. A presión, con riquísima crema. Nunca falta café en la biblioteca.

—Me parece muy bien. ¿Cuál es el tema, Franz?

—Bébete el café.

—La verdad es que no me apetece tomar café ahora.

—Es mejor que bebas.

Frank procedió a beber el suyo, con evidente placer. Monique le estuvo mirando fijamente. Por fin, asintió y se dedicó a beber su taza de café, también parsimoniosamente…

Cuando despertó, ya no estaba en la sala biblioteca del Retiro.

Capítulo VII

Lo primero que hizo fue mirar la hora en su relojito de pulsera. Eran las seis y media, es decir, que había dormido casi una hora.

—Veo que se encuentra bien, Monique.

La espía volvió vivamente la cabeza y lo vio.

Allá estaba Dictator.

Era tan hermoso, tan noble, tan angelicalmente dulce como aparecía en la fotografía que Yago había proyectado en el Viking… Sus cabellos eran tan blancos que parecían de nata. Y los ojos, grandes, azules, mostraban una sonrisa que parecía rebosar afecto, casi amor.

—Si, gracias —sonrió Monique—: me encuentro perfectamente.

—Lo celebro. Yago me ha hablado mucho de usted.

Monique miró a todos lados. Estaba tendida sobre un sofá, en una salita realmente sorprendente: parecía una de esas acogedoras salitas de casa de campo inglesa, de estilo Victoriano, con bonitos cuadros de calidad, alfombras, muebles oscuros delicadamente tallados, una vitrina con cristales de color *whisky*, una librería… A un lado había un lar de piedra, por supuesto sin fuego en aquel momento. En alguna parte, muy amortiguado, sonaba un renovador acondicionador de aire…

—¿Y qué le ha dicho Yago de mí? —se interesó Monique, sentándose.

—Que es muy inteligente y que tiene un gran poder analítico y deductivo. Debo decirle que es la única persona de nuestro grupo que ha impresionado a Yago.

—El señor Yago es demasiado amable conmigo… ¿Dónde está él?

—Ocupado —sonrió Dictator—. Quizá pueda venir más tarde.

Monique alzó las cejas, frunciéndolas al mismo tiempo en un gesto divertido, mientras examinaba con renovada atención al

sorprendente personaje, cuyas carnes no sólo eran blancas, sino que tenían esa pigmentación especial que Brigitte sólo había visto en personas que no tenían contacto con el sol. Según cómo movía la cabeza Dictator, incluso parecía que sus carnes fuesen a transparentarse. Era asombroso, y, a juicio de Monique Lafrance, verdaderamente terrible. Por lo demás, Dictator no podía ser más normal, con su traje de buen tejido inglés, su camisa, corbata, zapatos impecables… Era elegante, sobrio, correcto.

—Espero merecer su aprobación —sonrió Dictator.

—Así es —sonrió a su vez Monique.

—Gracias. Y gracias también por resolver aquella pequeña dificultad en el yate. Procuraremos ir con cuidado, pero es inevitable que cuando se reclutan hombres… de ciertas características, se filtre algún que otro agente secreto. En el caso de Arnold Buckee, desde luego, nos consta ya, que sólo pretendía ganar los diez mil dólares que ofrecemos como prima de entrada a todos los hombres que probamos antes de traerlos aquí.

—¿Y siempre los prueban obligándoles a cometer un asesinato?

El ceño de Dictator se frunció un instante.

—¿Asesinato? Querrá usted decir una «ejecución».

—Es lo mismo.

—De ninguna manera. Un asesinato es la eliminación criminal de una persona o varias. Una ejecución es el cumplimiento de una sentencia dictada contra personas culpables de delitos merecedores de la condena de muerte. ¿No está de acuerdo?

—Si no me equivoco, usted está hablando del tribunal que mencionó el señor Yago.

—Así es.

—¿Quién compone ese tribunal? Mejor dicho: ¿quiénes? Ya que, evidentemente, serán varias personas.

—Por supuesto. ¿Le gustaría conocerlas?

—Estoy segura de que sí.

Dictator sonrió. Sobre una mesita había una campanilla de plata, que agitó brevemente. Una muchacha joven, descolorida, ataviada con un gracioso uniforme negro y blanco, apareció, sonriente. Tenía todo el aspecto de la clásica sirvienta británica de casa rica.

—Jenny, por favor, ¿quiere decirle a la señora que tenga la bondad de venir, con toda la familia?

—En seguida, señor. ¿Les sirvo té, señor?

—Creo que esperaremos a que lleguen los demás… ¿Le importa esperar, Monique?

—Claro que no —musitó Monique Lafrance.

Jenny se retiró. Dictator tomó de la mesita una caja de cigarrillos, que ofreció a Monique, la cual aceptó, en silencio, mientras él decía, sonriente:

—Jenny es una chica servicial, ¿no le parece? Yago tiene muy buena vista, gran perspicacia, para elegir el personal del Retiro. Cada año renovamos el servicio aquí. Claro, ellos nunca saben dónde han estado, sólo que durante un año han estado sirviendo a unas personas… extrañas, en un lugar desconocido, al que las han conducido en helicóptero y se los han llevado por el mismo medio. Es un año de trabajo duro, sin sol ni aire libre, pero económicamente, al parecer les compensa.

—Entiendo —asintió Monique, expeliendo el humo—. No he visto a los heridos en el Retiro, Dictator.

—¿Los heridos? —se sorprendió amablemente el sorprendente personaje.

—Cuando el atentado contra el señor Rumor murieron dos hombres y fueron heridos otros dos… ¿Dónde están éstos, que escaparon con el resto del comando…?

—Ah, sí, sí… Cierto. Bien, Yago se ocupa de eso. Tenemos en cierto lugar una clínica, donde reposan nuestros heridos, antes de volver al trabajo, si es que quieren hacerlo.

—¿Y si no quieren hacerlo?

—Se les da una prima, y se les dice adiós. Como suele decirse, muchos son los llamados y pocos los elegidos. Aquel que no quiera estar conmigo en el momento final, él se lo pierde.

—¿A qué momento final se refiere?

—Pueden ocurrir dos cosas…, es decir, el momento final se puede presentar de dos formas. Una, que finalmente yo consiga mi objetivo, y el mundo, convertido en un oasis de paz, sea gobernado adecuadamente por mí. Dos, que toda la labor que estamos realizando Yago y yo resulte estéril, y que, pese a nuestros esfuerzos personales y económicos, el mundo sea objeto finalmente de la hecatombe atómica. En ambos casos, aquellos que estén conmigo serán unos privilegiados. En el primer supuesto, porque es obvio

que quienes me hayan permanecido fieles tendrán sus recompensas de toda clase. En el segundo supuesto, porque si llega el momento en que estallen cientos o miles de bombas nucleares, los que estén en el Retiro serán traídos aquí, y se salvarán.

—¿Se salvarán? ¿Por qué?

—Quizá usted no lo haya comprendido, Monique, pero estamos en un refugio antiatómico. Aquí abajo jamás llegarán los efectos de las explosiones atómicas. En ningún sentido.

—¿Estamos a la suficiente profundidad?

—Desde luego que sí.

—¿Debajo del Retiro?

—No me parece oportuno facilitarle a usted esa información, por el momento —sonrió Dictator—. Pero quiero que sepa que, si continúa a mi lado, usted nada tendrá que temer del mundo: pase lo que pase, se podrá poner a salvo aquí abajo.

—¿Durante cuánto tiempo? —musitó Monique Lafrance.

—¿Qué?

—El tiempo, señor. Mucho me temo que si ahí arriba se organizase el temido enfrentamiento nuclear mundial, las consecuencias serían desastrosas en muchos órdenes. Por ejemplo, durante muchos años, quizá ochenta o cien, el planeta Tierra sería inhabitable, debido a las radiaciones atómicas de las explosiones. Supongamos que ese proceso, esa secuela atómica, durase ochenta años. Yo tendría más de cien, entonces, si todavía vivía.

—¿Por qué no habría de vivir?

—No se puede vivir cien años bajo tierra, metido en una fosa… fosa con aire. Además, ¿qué comeríamos, qué beberíamos, qué sería de nuestros tejidos orgánicos sin sol, sin aire…?

—Todo está previsto. El sol y el aire son menos necesarios de lo que usted parece pensar. O mejor, digamos que no son imprescindibles para el ser humano; al menos, en la forma habitual. No necesitamos el sol y tenemos filtros antiatómicos de aire. La comida no es problema: tenemos ya, en estos momentos, un almacenamiento de alimentos condensados, que podrían alimentar a mil personas durante cien años. ¿Le parece suficiente?

—No lo sé. Pero, aun así, algunas personas morirían aquí dentro, aunque fuese simplemente de vejez. Usted mismo, señor, tiene ya unos sesenta años…

—Ochenta y cinco —sonrió Dictator.

—¡No! ¡No es posible!

—Le aseguro que sí. Sé que parezco mucho más joven, pero mi edad es la que he dicho.

—Mi enhorabuena… Pero más a mi favor. Por optimistas que seamos, no parecería sensato suponer que usted va a vivir más de veinte o treinta años. Si para entonces el refugio antiatómico estuviese cerrado, a fin de protegernos del exterior…, ¿qué haríamos con su cadáver, señor? Y no me diga que nos lo comeríamos.

—Claro que no —rió Dictator—. Sería incinerado, naturalmente. Hay un incinerador adecuado para eso en el refugio. Le aseguro que todo ha sido previsto.

—Es evidente que usted tiene mucho dinero, pues, de otro modo, no podría atender todo esto.

—¿Dinero? Sí, sí, desde luego… Yago se encarga de ese asunto. ¿Dinero? ¿Cuánto es mucho dinero para usted?

—Bueno, todo es siempre relativo. Para mucha gente, un millón de dólares ya es mucho dinero; tanto, que jamás podrán tenerlo; ni siquiera verlo. Para otra gente, un millón de dólares es calderilla.

—Digamos entonces que para mí un millón de dólares es menos que calderilla.

—¿Tiene mil millones de dólares, por ejemplo?

—Por ejemplo —rió Dictator.

—¿Y de dónde los ha sacado? En definitiva… ¿quién es usted, de dónde ha salido, por qué no es conocido en el mundo de los privilegiados, ahí arriba, a ras de tierra? Usted debe tener un nombre más personal que Dictator… ¿Cuál es su nombre?

—Hace usted muchas preguntas, Monique. Demandas, en estos momentos. En cuanto a mi dinero, que es lo único que voy a contestarle por ahora, le diré sólo dos palabras. Texas. Petróleo. ¿Me ha entendido?

—Sí. Entiendo que tiene usted pozos de petróleo en Texas. ¿Yago se encarga de su explotación?

—Oh, Yago es demasiado importante para eso… Digamos que él supervisa a los que se encargan de la explotación.

—¿Sabe una cosa, señor? —sonrió, de pronto, Monique—. Primero creía que no existía Dictator… Ahora, creo que no existe

Yago.

—No la comprendo —se sorprendió Dictator.

Monique se quedó mirándolo amablemente, peno con cierta ironía. Podía ser cierto o no que aquello fuese un refugio antiatómico, y podía ser todo un juego absurdo que ella, por el momento, no podía comprender, sin duda porque no tenía los suficientes datos para el análisis.

—¿Usted no se da cuenta de la irrealidad de todo esto, señor? —preguntó de pronto Monique.

—¿Irrealidad? ¿A qué se refiere?

—Al Retiro de ahí arriba, a este refugio de aquí abajo, a toda esta instalación, a sus propósitos de gobernar adecuadamente el mundo. A mí me parece todo irreal. Me parece irreal que usted se dedique a… ejecutar personajes, y me parece irreal que pretenda gobernar nada menos que el mundo. ¿Cómo lo conseguiría?

—Todo tiene sus cauces. Le aseguro que el proceso ha sido debidamente estudiado y programado.

—¿Por Yago? —sonrió Monique.

—Digamos que Yago me ha sido también muy útil en ese aspecto de mis planes. Eso, a pesar de que usted acaba de decir que no cree que Yago existe.

—Creo que Yago es usted.

Dictator mostró un gesto de desconcierto.

—¡Fascinante conclusión la suya, Monique! Yago tiene razón: es usted una persona de mente aguda, viva… Inteligente, sin la menor duda. Y tiene imaginación, fantasía… ¿Sabe usted que hay ojos que no ven? Y naturalmente, no me refiero a ojos ciegos. Me refiero a ojos en perfecto estado, que miran y que no ven. ¿Lo sabía usted?

—Sí.

—¿De veras? ¿Y… cómo son esos ojos, según usted?

—Son ojos normales, como los nuestros. Sólo que están al servicio de unos cerebros que han sido inutilizados. O digamos, paralizados en sus funciones auténticas. Por ejemplo; partiendo del acto sexual entre macho y hembra, hay personas cuya reacción al presenciarlo es incomprensible. Si ven a una pareja de gatos apareándose, lo más que hacen es sonreír maliciosamente, pero, si ven a un hombre y a una mujer, lo consideran inmoral, o una porquería, o un pecado… y ello, porque han sido condicionados

mentalmente de este modo por su sentido social, por su religión o por sus costumbres o leyes arbitrarías. Así pues, sus ojos no ven lo que sucede en realidad, esto es, un acto de la naturaleza, tanto en los gatos como en las personas, sino lo que, de un modo u otro, alguien les ha dicho que deben ver. Y así, la misma cosa es simplemente simpática para un europeo, pongamos por caso, y absolutamente vital para un sudamericano, también pongamos por caso. Unos ojos pueden ver a la mujer como una compañera agradable, y con derecho a vivir su propia vida en líneas generales, y otros ojos la pueden ver como una bestia de carga y de desahogo sexual, y nada más. Para unos, la mano sirve solamente para pegar, porque no han aprendido…, o, mejor, no les han enseñado nada más. Otros, han tenido la suerte de aprender que, además, la mano sirve también para acariciar. Igualmente, los ojos ven aquello que se les ha enseñado a ver, han recibido un amaestramiento en combinación con el cerebro eso no es bueno… Los ojos tendrían que ver lo que es no lo que tiene que ser, de acuerdo a las consignas recibidas. Los ojos tendrían que ser como el objetivo de una cámara fotográfica, que ven la verdad, simplemente. Pero de todos modos…, ¿de qué servirían unos ojos así, si el cerebro seguiría estando controlado por ideas impuestas, grabadas por conveniencias ajenas? Siempre, los ojos de esos pobres seres serán ojos que no ven.

Dictator, que al principio había dado muestras de sorpresa y amable admiración, permanecía ya inmóvil, inexpresivo, en silencio, contemplando con gran atención a Monique Lafrance. Cuando ésta terminó de hablar, Dictator permaneció, todavía casi medio minuto en esa fija contemplación.

Por fin, se movió, con cuidado, como si saliese de un trance, y musitó:

—Realmente, Yago me está prestando muchos e inestimables servicios…, y haberla traído a usted aquí es uno de ellos. Quiero que usted se quede aquí, Monique.

—¿Aquí? ¿Quiere decir aquí abajo, o en el Retiro, arriba…?

—Aquí, abajo, conmigo. Usted y Yago serán mis…

—Mire, señor, ya le he dicho que no creo que Yago exista. Yago es usted.

Dictator movió negativamente la cabeza. Iba a decir algo,

cuando sonaron los golpes en la puerta del acogedor saloncito, y acto seguido se abrió…, dejando paso a cuatro niños preciosos, que corrieron alegremente hacia Dictator. El mayor tenía cuatro años, le seguía uno de tres, uno de dos, y el más chiquitín, de un año, apenas, que caminaba y se caía continuamente. Eran de carnes tan blancas, tan rubios sus cabellos, tan claros sus ojos, que Monique creyó que estaba soñando, que estaba viendo muñecos, no seres humanos. Pero debían ser seres humanos, porque los dos primeros, los dos mayores, al abalanzarse hacia Dictator gritaban:

—¡Papá, papá, papá…!

Aún no había salido de su sorpresa Monique, al ver a aquel anciano jugando con los niños que primero llegaron ante él, cuando apareció la mujer. Prácticamente, una muchacha. No debía tener más de veintidós o veintitrés años. Vestía con sencillez y elegancia, sin provocación sexual, pero sin intentar ocultar, en modo alguno, lo hermosa que era. Tan hermosa, tan alta, tan rubia y tan blanca de carnes que, como los niños, parecía irreal. Sus grandes ojos no eran propiamente azules, sino como… cristal ligeramente teñido de azul.

Al verla, Dictator se puso en pie, y acudió a su encuentro, tendiendo una mano, de la que ella se tomó. El niño más pequeño había caído sentado al suelo, y comenzaba a llorar, pero el hermano mayor fue a ayudarle, mientras los otros dos seguían tirando de los pantalones de Dictator.

—Querida —dijo éste—, te presento a Monique Lafrance. Monique, ella es Ulla, mi esposa. Ya habrá deducido usted que es escandinava.

Ulla estaba mirando a Monique, que se limitó a asentir con un gesto, sin ponerse en pie.

—¿Es la mujer que Yago asegura que es tan inteligente, mi señor? —preguntó Ulla a Dictator.

—Lo es. Y debo decirte que Yago se quedó corto en sus elogios de Monique. Espero no haberos molestado a ti y a los niños, al pediros que vinierais.

—Claro que no —sonrió Ulla.

—He decidido que Monique se quede aquí abajo, con nosotros. De modo que, si antes de tomar esa decisión, le había ofrecido conocer al Tribunal de Dictator, con más motivo quiero que lo

conozca ahora. Monique, éste es el Tribunal que decide vidas y muertes… Yo lo presido. Y me ayudan, como jurado, mi esposa Ulla y mis hijos Jan, Dieter, Karl y Kinoo.

Capítulo VIII

El pequeño Kinoo había comenzado a lloriquear, pese a los cariñosos esfuerzos de su hermano Jan por impedirlo. Ulla se inclinó, lo tomó en brazos, y lo besó en ambas mejillas, riendo. En el acto, el niño se calmó, y comenzó a jugar con la nariz de su madre, sonriente.

—Mamá, yo también —pedía Karl, el siguiente a Kinoo en edad—. ¡Mamá, yo también contigo!

Ulla le complació, sin dejar de reír. Dictator tomó en sus brazos a Dieter, riendo ante la manifestación de Jan:

—Yo no… ¡Ya soy muy grande!

Monique miraba de unos a otros, en silencio. Sí. Debía estar soñando, naturalmente. Tenía allá, ante sus ojos, a una familia que hacía años no exponía su piel a la luz y al calor del sol. Y de pronto, se sintió aterrada al comprender que los niños no habían estado bajo los rayos solares *nunca en su vida.*

—Naturalmente —la miró, de pronto, Dictator—, está usted sorprendida al ver cómo está compuesto el Tribunal de Dictator.

—Yo diría que sorprendida es poco… y, que no es solamente eso lo que me sorprende.

—Bueno, ya se irá usted acostumbrando a todo, no se preocupe. Yago se encargará de prepararla rápidamente para que muy pronto esté usted a su altura, y pueda ocupar un alto puesto a mi lado en el mundo.

—¿Un mundo que gobernará como un gran dictador?

—No, no, de ninguna manera.

—Pero si ha tomado el nombre de Dictator…

—Bueno, eso ha sido en un sentido tajante, dando a entender que no estoy dispuesto a admitir discusiones de nadie, respecto a mis decisiones. Pero no por despotismo, egoísmo o cualquier cosa parecida, sino porque sé bien que el mundo no sabe adónde va, y

puesto que yo lo sé, gobernaré con firmeza absoluta, sin permitir que nadie haga nada que me impida conseguir mi objetivo.

—¿Cuál objetivo?

—Vivir.

—Eso también lo ha dicho Yago un par de veces —sonrió Monique.

—Yago es un buen discípulo… Actualmente, no podría hacer nada sin él. Se ocupa de todo, lo soluciona todo… Hace catorce años entró a trabajar como simple empleado en una de mis empresas. Hoy, se puede decir que lo dirige todo. Es como mi hijo mayor.

—Yo creo —insistió Monique— que la broma dura ya demasiado, Yago.

—¿Por qué le llama Yago? —se sorprendió Ulla.

—¿Acaso no son la misma persona?

—Claro que no… ¡Qué absurdo!

—Está bien —suspiró Monique, desistiendo de conseguir que Dictator acabase de sincerarse con ella—. Tienen ustedes unos hijos encantadores…, pese a que han sido engendrados por un octogenario. Ya sé, ya sé que el hombre puede engendrar prácticamente a cualquier edad, pero convengamos en que a los ochenta años no es corriente dedicarse a tener un hijo cada año.

—A decir verdad —rió alegremente Dictator—, no me «dedico» a tener hijos, sino que éstos son sencillamente el fruto del amor que existe entre Ulla y yo. ¿No le parece natural?

—¿El amor…, o que usted y su esposa se amen?

Dictator parpadeó. Miró a Ulla, de nuevo a Monique, y acabó por sonreír.

—Ulla tiene veintidós años —asintió—, pero eso no tiene que significar forzosamente que no sienta verdadero amor hacia mí, Monique.

—Claro que no. Aunque hay muchas clases de amor, y…

—Creo que deberíamos invitar a Monique a cenar, mi señor —dijo Ulla.

—Me parece bien —aprobó Dictator—. ¿Está Yago abajo?

—No lo sé, pero me parece que no. De todos modos, estará abajo a la hora de la cena, lo más tarde. Yo le invité.

—Gracias, querida. Dígame, Monique: ¿cuántas clases de amor

hay, según usted?

—No puedo saber cuántas; ni creo que pueda determinarse un número exacto. Pero sí creo que hay muchas maneras de amar. Por ejemplo, es evidente que usted ama a sus hijos, pero no los ama igual que ama a su esposa, la cual, a su vez, posiblemente ama a sus hijos de modo diferente a como los ama usted, y cabe la posibilidad de que le ame a usted de modo diferente a como usted la ama a ella, que a su vez sería amada de modo diferente por Yago, por ejemplo. Y así sucesivamente.

Dictator había fruncido el ceño, y quedó pensativo. Tan pensativo que sorprendió realmente a Monique. Por fin, el anciano musitó:

—En verdad es usted una persona muy conveniente para mis propósitos, Monique. No cabe duda de que sabe pensar, pero es que, además, hace usted pensar a los demás… Por ejemplo, a mí mismo. No es que esté por completo de acuerdo con usted, pero me hace pensar. El amor, para mí, es todo uno, pero, ciertamente, aun siendo un único amor, se manifiesta dé diferente manera. Por ejemplo, yo amo a Ulla y a nuestros hijos, pero es cierto que los amo a los cinco de modo diferente a como amo a Yago, y de modo diferente a como amo a la Humanidad.

—¿Usted ama a la Humanidad, señor? —alzó las cejas Monique.

—Por supuesto.

—Me pareció que pretendía someterla a usted…, lo cual no sería, en modo alguno, amor.

—No, no… Me temo que no nos ha entendido bien a Yago y a mí. Nosotros no pretendemos someter a nadie…, no, al menos en el sentido acostumbrado de la palabra sometimiento. Parece que a usted le ha desconcertado mi nombre, Dictator. Pretendo ejercer una dictadura en el mundo, es cierto, pero una dictadura de bondad. Sé que las personas no saben gobernar, y los que saben, lo hacen en su exclusivo beneficio, explotando a los menos dotados. Entonces, después de lo de Kennedy, se me ocurrió que…

—¿Kennedy? ¿Está hablando de John Fitzgerald Kennedy, el presidente de Estados Unidos qué fue asesinado?

—Sí, en efecto. Por aquellos tiempos yo formaba parte del grupo que decidió que Kennedy debía desaparecer del ambiente de mando norteamericano. Pero después de aquello comencé a reflexionar.

Estuve haciéndolo durante años, hasta que comprendí que los que iban detrás de Kennedy no eran mejores que él. Todos hacían y querían siempre lo mismo: el poder personal. En realidad, todos han sido unos dictadores, cada cual a su modo, manera y estilo. Tenemos a los zares rusos, por ejemplo, luego a Lenin, después a Hitler, De Gaulle, Kennedy… Escoja usted al que quiera, de todos ellos, pasado o actual: siempre, siempre, siempre, han pretendido públicamente la grandeza de la patria…, mientras llenaban sus bolsillos de oro, y su nombre de honores. ¿Y para qué todo ello?

—No sé —murmuró Monique.

—Para su único y exclusivo beneficio, en diferentes aspectos. ¿Realmente pensaban o piensan los actuales gobernantes en el pueblo, en la Humanidad? Yo digo que no, porque si pensasen en la Humanidad, lo primero que harían sería convertir en escuelas las fábricas de armamento, pongamos por caso… ¿Sabe usted de algún gobernante que haya decidido eso?

—No. ¿Lo haría usted?

—¡Esa es la idea…! —exclamó Dictator brillantes los ojos—. ¡Usted lo entiende todo muy bien, Monique! Efectivamente, ésa es la gran idea: eliminar a todos los grandes hombres del mundo, que a fin de cuentas lo están sometiendo a sus egoísmos personales, y convertirme en el gran dictador mundial que transformará las fábricas de armamento en escuelas, hospitales y centros de recreo. El dinero que se gasta… que se malgasta ahora en llenar cientos de silos con miles de bombas atómicas, será destinado a cosas hermosas, empezando por la propia energía nuclear, que tanto puede facilitar la vida al ser humano. Tan sólo con el dinero que se desperdicia en una semana construyendo armamento y entrenando soldados, se puede convertir en millonario un país como la India. Con sólo el dinero que semanalmente se gasta en intrigas internacionales, en sobornos, en planes para seguir sometiendo al pueblo, se puede llenar de canales de riego el Sahara africano… ¡Hay tantas cosas hermosas que se pueden hacer en este hermoso planeta…! Por ejemplo: ¿por qué cultivar marihuana y no trigo y flores?

—Me está convenciendo —sonrió apenas Monique.

—¡Naturalmente, porque usted es inteligente! Es tan inteligente que ha comprendido que no dejará de serlo porque los demás

adquieran un mejor nivel de vida. Cada cual será siempre como es, sin que los demás puedan molestarle. El hecho de que una persona adquiera conocimientos, no significa que usted los ha de perder; sólo significa que tendrá otra persona más con la que conversar sobre las cosas que vayan aprendiendo ambos. Y así, conversando, todos irán aprendiendo cosas. Unos se quedarán a determinado nivel, mientras otros, de inteligencia superior, seguirán adelante. Adelante en el camino de la inteligencia, en el camino de la Luz, no en tener más dinero, más pozos de petróleo, o más millones de seres sometidos a su capricho… Ese poder no interesa a las personas de inteligencia auténtica como yo, y como usted, según entiendo. ¿Qué mayor grandeza puede tener el ser humano que comprender su pequeñez, y dentro de ella emprender el camino hacia la Luz, hacia la Inteligencia que tenemos dormida? No hay nada comparable. ¿Cuándo cree que será usted más poderosa: cuando haya sometido a todo un país o cuando haya comprendido realmente cómo es su propia inteligencia, para qué sirve, cómo puede desarrollarla y obtener el máximo provecho de ella? ¿Cuándo, Monique?

—Sin duda alguna, cada cual es más y más poderoso, a medida que desarrolla su propia inteligencia.

—¡Ese es el camino! Pero los hombres no entienden bien esto, y por eso, para seguir sometiendo a los demás hombres, anulan sus posibilidades de desarrollarse… ¡No comprenden que se están anulando a sí mismos, porque al frenar la inteligencia de los demás, frenan las suyas propias! Pero, ¡ah!, tienen dinero, honores y poder… ¿No le parece absolutamente absurdo y ridículo?

—Sí.

—Y por eso, yo he decidido convertirme en el dictador del mundo, eliminando a las fieras que lo están humillando actualmente… ¿Usted cree que hago mal eliminando personas «importantes»? No, no, no… Estoy procediendo a la limpieza del mundo. Los que ahora lo gobiernan no son mejores que Atila, Hitler o Kennedy o cualquier otro… Es el gobierno por presión y lucro. En cambio, yo no tengo más que un objetivo: vivir. Pero no sólo yo, sino toda la Humanidad. ¿Le parece mal?

—No.

—Llegaremos a entendernos muy bien. Ahora, por favor, discúlpeme si no le muestro cómo funciona nuestro Tribunal…

Tendremos tiempo. En estos momentos, lo urgente es que yo reflexione sobre esa variedad de amores que usted me ha revelado tan claramente. Nos veremos a la hora de la cena.

—Como guste.

Dictator, cuyo rostro parecía ahora iluminado, miró a su esposa, y sonrió dulcemente.

—Ulla, querida, ¿quieres enseñarle el jardín a Monique?

—Sí, mi señor.

Monique miraba a los niños, que habían permanecido inmóviles, escuchando a su padre. Parecían… serafines. Hermosos serafines, de grandes ojos de inteligente mirada.

Los niños salieron al jardín con Ulla y Monique…, que no mostró sorpresa alguna al ver el «jardín». El «jardín» era el exterior de una casa construida dentro de una enorme gruta de altísimo techo, del que pendían potentes luces, que sugerían luz natural…, sin conseguirlo, por supuesto. Había plantas y flores en el jardín, y un bonito surtidor de agua, que caía en un estanque con peces. Había dos árboles, unos columpios, una pequeña piscina… Los niños corrieron hacia los columpios, y comenzaron a mecerse en ellos, riendo…

—Pensará usted que estamos locos —musitó Ulla.

—¿Por qué?

—Por vivir aquí y así. Pero él dice que cualquier día, en cualquier momento, arriba estallará la tormenta nuclear, y todo habrá terminado para los desdichados que no hayan comprendido la verdad. La verdad de que les están robando sus vidas y de que esas mismas vidas dependen del capricho o el egoísmo de unos pocos seres… Por eso no quiere que los niños y yo salgamos nunca, teme que pueda ocurrirnos algo. Aquí estamos a salvo.

Monique Lafrance se quedó mirando fijamente a Ulla, que desvió la mirada hacia los niños. Allí abajo, las risas de Jan, Dieter, Karl y Kinoo le parecían a Monique carcajadas grotescas, quizá por el extraño tono que tomaban, al rebotar en las paredes de roca.

Monique dejó de mirar a Ulla, y estuvo unos segundos mirando a los niños, antes de dedicarse a inspecciones oculares de más proyección; pero, al parecer, allí abajo no había nada más. Una bonita casa, y eso era todo. Una casa como metida dentro de una montaña, como sepultada en aquella enorme burbuja de roca…

Pero no sólo estaba la casa, no. Al moverse para iniciar un paseo, vio la otra construcción, hasta entonces oculta detrás de la casa. Una simple construcción cuadrada, sin ventanas, con una sola puerta, que tenía unos veinte metros de larga por diez de ancha.

—¿Qué hay allí? —la señaló.

—Es el gabinete. Allí trabajan él y Yago. Y nosotros, cuando tenemos que formar tribunal para juzgar… ¿Le gustan mis rosas?

Monique Lafrance iba a decir rápidamente que sí, para seguir la conversación que a ella le interesaba, pero, de pronto, se fijó mejor en las rosas. Y luego se fijó mejor en las otras flores, y en las plantas: eran de plástico. Un escalofrío recorrió la espalda de la espía internacional.

—Son de plástico —dijo sencillamente.

—Sí, pero son bonitas, ¿verdad?

—Sí —Monique sonrió, de pronto—. Son menos bonitas que las naturales, pero son bonitas. Respecto al Tribunal: ¿A quiénes juzgan y cómo lo hacen?

—Nos basamos en la aportación de pruebas, en el informe sobre cada persona que debe ser juzgada.

—¿Y de dónde obtienen esos informes?

—Yago se encarga de ello. En el Retiro, como usted ha visto, tenemos muchos hombres, que son los que destinamos a la acción, a las ejecuciones, generalmente. Pero, en realidad, este grupo de hombres es el menos importante: Yago tiene en todo el mundo una red de informadores de gran categoría, con los cuales vamos organizando el fichero. Hay muchos nombres en el fichero. Y hay muchos nombres, por la sencilla razón de que hay mucha gente mala en el mundo.

—¿Gente que está en la lista de las ejecuciones?

—Claro. En realidad, hasta ahora se ha estado organizando esa parte de la dictadura por amor. Ahora, ya con datos suficientes, estamos trabajando en la parte activa: cada vez, Yago tendrá más y más hombres entrenándose para proceder a la supresión de seres nocivos, empezando por los gobernantes de todo el mundo, o sus acólitos más importantes.

—¿Por eso fue atacado Mariano Rumor?

—Sí. Nosotros, el Tribunal, basándonos en las pruebas aportadas por nuestro servicio de información exterior, lo condenamos a

muerte.

—¿Y lo mismo hicieron con el ministro británico Anthony Crossland?

—Así es.

—¿Y con quién más?

—El siguiente en la lista es el presidente francés monsieur Giscard d'Estaing.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho monsieur d'Estaing?

Ulla vaciló.

—Me parece que no debo hablar con usted de esto, por el momento. Cuando sea definitivamente admitida aquí abajo, se le permitirá el acceso a todo, podrá entrar y salir a su antojo del gabinete y ver las películas…

—¿Qué películas?

—Las que forman el fichero. Todo está allí por rollos de película. Sólo hay que colocar el rollo en el proyector y el expediente de cada personaje pasa como una película cualquiera. Así no hay que traer aquí a nadie, ni hacer preguntas: todo aparece en la película, simplemente.

—Y ustedes, el Tribunal, emiten veredicto.

—En efecto. Oh, bien, quizá estoy diciéndole demasiadas cosas, Monique, pero supongo que está decidida a quedarse con nosotros, y que está, en todo, de acuerdo con mi esposo.

—Sí, sí, de acuerdo en todo.

—Ah…, magnífico.

—Sólo dígame una cosa más, Ulla: Yago y Dictator son la misma persona, ¿verdad?

—No, no. Son dos personas diferentes… Podrá convencerse de ello a la hora de la cena.

—Bueno, ya lo veremos.

Capítulo IX

Lo vio.

Efectivamente, Yago y Dictator eran dos hombres diferentes. Yago apareció antes que Dictator en el comedor, lo que hizo sonreír irónicamente a Monique. Pero, apenas habían terminado los saludos y algunos comentarios simpáticos entre ellos, llegó Dictator, muy serio, meditabundo todavía. Al ver a su familia, a Yago y a Monique, recuperó rápidamente su angelical aspecto, se despreocupó de las reflexiones sobre las diferentes clases de amor y se dedicó por entero a las personas, comenzando por agradecerle a Yago la interesantísima adquisición que había hecho con Monique. Ésta miraba de uno a otro personaje, intentando sacar conclusiones propias, definir a cada uno por lo que veía, no por lo que le habían dicho.

Los niños miraban con adoración a Yago; Ulla apenas le miraba, en cambio. Eran unos niños hermosos, pero de aspecto delicado, y Brigitte se los imaginó corriendo por una playa soleada… ¿Se parecían realmente a Dictator? Sí… Sí, se parecían, en los finos rasgos angelicales, translúcida la carne, como alabastro iluminado…

—He estado en el Banco —dijo Yago, de pronto, mirando a Dictator.

—Ah… Muy bien, Yago. ¿Hay alguna novedad?

—No. Todo normal. He ordenado las transferencias habituales de cada mes. Es decir, hay tres informadores más este mes. Dentro de cinco o seis días tendré que ir a París para recoger toda la información mundial, de manos del coordinador.

Dictador movió la cabeza con un gesto de pesar.

—Lamentablemente, el número de asesinos legales habrá aumentado. Así que, dentro de muy poco, nuestro personal ya no cabrá en el Retiro, ahí arriba.

—Buscaremos otro lugar. Y tendré que encontrar un ayudante de

confianza, señor, pues no podré atenderlo todo…

—¿Estás lamentándote por tener mucho trabajo? —le miró, sorprendido, Dictator.

—¡No, señor! —exclamó Yago—. Sólo lo digo porque los gastos van aumentando, y…

—¡Dinero! Vamos, vamos, Yago…

—Bueno, señor, la nómina exterior de este mes ha superado los doscientos mil dólares, así que…

—¿Acaso ya no nos queda dinero en el Banco?

—Oh, sí. Muchísimo, pero…

—No me abrumes con cuestiones de dinero, Yago. Cuando te firmé las autorizaciones para los pagos de este mes, ya vi las cantidades, y no dije nada en absoluto, ¿verdad? Por lo tanto, no voy a decirlo ahora. ¿Doscientos mil dólares? ¡Pues doscientos mil dólares!

—Quizá el mes que viene sean casi doscientos cincuenta mil, señor.

—Pues te firmaré la autorización mensual por esa cantidad. Hablemos de otra cosa. Por ejemplo: ¿cuántas clases de amor conoces tú, mi buen Yago?

—¿Clases de amor? Bueno… En fin, no comprendo bien la pregunta. ¿Estamos hablando de amor… carnal, entre hombre y mujer?

—Ese es uno de ellos —rió Dictator—, y debo decir que resulta uno de los más agradables. Pero, sin duda existen más clases de amor. ¿Cuántas conoces tú?

—Mamá —dijo el pequeño Dieter—: quiero cenar sentado en las rodillas de Yago.

—No se puede hacer eso, Dieter —respondió cariñosamente Ulla.

—¿Por qué no? —preguntó Monique.

Todas las miradas convergieron en ella, que sonrió y continuó cortando la carne, apaciblemente. El silencio de desconcierto duró hasta que Dictator dijo:

—La respuesta es que Yago estaría incómodo, y que Dieter no tendría muy buenos modales. Pero, Monique, entiendo lo que usted ha tratado de decirnos: ésa es una clase de amor, la demostrada por Dieter hacia Yago. ¿No es así?

—En efecto. Del mismo modo sería otra clase de amor que Yago aceptase, que usted autorizase a Dieter, y que Ulla pensase en cuáles son realmente las cosas que un niño pueda hacer o no puede hacer… Esta carne es exquisita.

—Si no hay buena carne en Suiza…

—Y la cocinera es excelente.

—Se lo diré de su parte a Claudine —sonrió Ulla.

—Mamá —preguntó Jan—: ¿Qué quiere decir «exquisita»?

—Quiere decir lo mejor de lo más bueno…

—… Conseguido con amor —terminó Monique—. Incluso un cocinero o cocinera puede poner amor en sus guisos.

—Con lo que ya tenemos otra clase de amor —rió Dictator—. Por cierto, Yago, todavía no nos has dicho cuántas clases de amor conoces.

—Bueno, señor, realmente…

Debían ser las diez y media cuando Monique fue conducida por Ulla a la habitación que le había preparado el servicio. Una habitación amplia, confortable…, en la que durante toda la noche sería inevitable estar oyendo el rumor del acondicionador de aire; habría sido no sólo inútil, sino absurdo, abrir una ventana en busca de aire natural, en busca de la brisa de la noche, del viento del mar…

«Y esa pobre muchacha lleva aquí abajo no menos de cuatro años —pensó Monique, estremeciéndose—. ¡Cuatro años, cielo santo! ¡Yo no lo resistiría!».

Hacia las dos de la madrugada, Monique despertó, de pronto, tal como se había propuesto. Permaneció inmóvil en la cama, alerta su finísimo oído. Pero si algo sucedía su rumor era menos fuerte que el acondicionador de aire, así que no podía oírlo.

Dos minutos más tarde estaba ante la puerta del gabinete, tras salir de la casa sin hacer el menor ruido. Todos dormían. Sólo se oía el inevitable e interminable rumor de los acondicionadores… Monique dejó el maletín en el suelo, lo abrió y sacó el juego de ganzúas planas ocultas en el forro. Por fortuna, cuando le había pedido el maletín a Yago, éste no había pestañeado siquiera, limitándose a subir a buscarlo al Retiro; era lógico que una mujer quisiera tener su tocador personal bien a mano.

Abrir la puerta fue juego de niños para la espía internacional.

Entró, cerró la puerta, y quedó inmóvil, escuchando. Siempre lo mismo, y nada más: los acondicionadores de aire. Le resultó ventajoso que no hubiese ventanas, pues encendió la luz sin temor alguno, en cuanto encontró el interruptor.

A primera vista, aquel lugar tenía todo el aspecto de unas oficinas…, y, en definitiva, eso es lo que resultaron ser. En diez minutos lo había visto todo. Había dos pequeños despachos, dos salas algo más grandes, con mapas en las paredes, y otra sala donde estaba el fichero y la pantalla, frente a un proyector siempre preparado. A la derecha del proyector había un estrado de madera, que parecía talmente la mesa de un juez. A la izquierda, unos estrados con bancos.

Monique movió la cabeza con gesto de desconcierto y se dedicó finalmente a los ficheros, que también pudo abrir con toda facilidad, utilizando esta vez una horquilla. Efectivamente; allí dentro no había carpetas con páginas mecanografiadas, sino cajas conteniendo películas. Y en la parte superior de cada caja, el nombre del personaje. Nombres como Mao Tse Tung, Gerald Ford, Saraiva de Carvalho, Idi Amin, El Sadat, Carlos Gustavo, Helmut Schmitd, Fidel Castro, Giscard d'Estaing, Reza Pahlevi… ¡Giscard d'Estaing!

Monique retrocedió, tocó con sus deditos la caja que contenía la película sobre el presidente francés, y la sacó. Tres minutos más tarde, ponía en marcha el proyector, y se sentaba en uno de los bancos de los estrados de la izquierda.

Comenzaron a aparecer imágenes del presidente francés; imágenes de tiempo atrás, tomadas de noticiarios o bien filmando una selección de fotografías. A medida que la película iba transcurriendo, con imágenes cada vez actuales, se iba oyendo la voz de Yago, que ponía el comentario:

> *«—Este es el actual presidente de la República francesa, el señor Giscard d'Estaing. Este hombre, que comenzó muy modestamente su carrera política, en la que parecía que no iba a conseguir ningún triunfo importante, parecía haber emprendido un camino honesto, lo que le habría colocado fuera de nuestros ficheros. Sin embargo, a partir de agosto de mil novecientos setenta y cinco, el señor d'Estaing se dedicó a*

promover guerras en África, utilizando los servicios no sólo de agentes del espionaje francés, sino de mercenarios que se dedicaron a grandes matanzas (aquí, en efecto, se veían mercenarios disparando a mansalva contra mujeres y niños negros que intentaban huir, realizando una matanza espantosa) y al saqueo de todo cuanto de valor se ponía en su camino. Evidentemente, las intenciones del presidente francés son las de recuperar territorio en África. Sabido es que, hace unos años, Francia perdió su colonia argelina. Hoy, Giscard d'Estaing pretende conseguir para Francia un imperio más grande todavía, y está atacando países del sudoeste africano. Claro está, sus intenciones no son sólo las de conseguir una nueva grandeza para Francia, sino las de enriquecerse personalmente, motivo por el que, en principio, está utilizando mercenarios, de los que espera que ocupen determinadas minas de diamantes, que pasarían a ser de exclusiva y personal propiedad del presidente francés.

»No contento con esto, Giscard d'Estaing, celoso de la nueva influencia que Gran Bretaña está ejerciendo en el Mercado Común Europeo, ha puesto en marcha un plan ultrasecreto, la información sobre el cual nos ha costado setenta y cinco mil dólares, que consiste en provocar enfrentamientos sangrientos entre británicos e islandeses, aprovechando su antagonismo por la llamada "Guerra del Bacalao". Las intenciones de Giscard d'Estaing consisten en provocar fuerte disgusto entre Gran Bretaña y Estados Unidos, cuyas bases en Islandia molestan al presidente francés. Según nuestro informador, d'Estaing está dispuesto, incluso, a enviar muy pronto un par de submarinos que, en la noche, hundirían quince o veinte pesqueros islandeses a cañonazos, con lo que el enfrentamiento sería un hecho.

»Últimamente, el señor d'Estaing, por otra parte, está organizando, dentro de la policía francesa, un cuerpo especial de asesinos, destinados a provocar grandes conflictos laborales en Francia, al matar a varias personas en todo grupo de manifestantes. Al parecer, en estas decisiones brutales del señor d'Estaing, han intervenido los rusos, quienes han presionado al Partido Comunista francés para que siguiendo la línea de expansión soviética, provoquen en Francia situaciones tales que

vayan empujando a los comunistas hacia el poder. Es evidente, pues, que el señor d'Estaing está aceptando grandes cantidades de dinero, procedentes de Moscú, y posiblemente promesas de poder que, por el momento, no han podido ser definidas.

»Últimamente, cuando Giscard d'Estaing ordenó los asesinatos de personajes políticos que le molestaban, y que, en efecto, fueron asesinados en París, Marsella y Ventimiglia…».

Monique Lafrance estaba sencillamente aterrada. Primero se había quedado estupefacta, como si estuviesen hablando en un idioma que no entendiese, o dijesen cosas sin sentido. Pero, a medida que la información sobre el presidente francés iba adelante, su pasmo iba en aumento, hasta que, finalmente, se estremeció aterrada.

—Pero… ¡esto es mentira! —exclamó en voz alta—. ¡Todo esto sobre *monsieur* d'Estaing es mentira, mentira…!

¿O era verdad?

Corrió hacia el fichero, y buscó la película del hombre sobre el cual conocía más cosas: Gerald Ford, el presidente actual de los Estados Unidos de América.

Poco después estaba viendo al señor Ford en la pantalla, y escuchando la información en la voz de Yago. Una información tal, que convertía a Gerald Ford en un monstruo estremecedor, y a los Estados Unidos en la escoria maldita de los países del mundo. Diez minutos más tarde, el enjuiciado en la pantalla era el *sha* de Persia, cuyas atrocidades pusieron de punta los cabellos de la mejor espía del mundo.

—Todo es mentira —jadeó. ¡Todo es mentira! Por el amor de Dios, ¡este Gabinete está lleno de mentiras…!

Lo colocó, todo rápidamente en su sitio, salió de la sala de proyección, corrió hacia la salida del edificio…, y tenía tanta prisa, y estaba tan desconcertada, que olvidó toda precaución. Cuando apenas salir del edificio, quiso reaccionar, y volverse para repeler la agresión que presentía tras ella y a su derecha, el tremendo golpe hizo resonar su cabeza, llenándola de luces de todos los colores…, que se apagaron rápidamente, dejando a la agente Baby sumida en la más densa oscuridad.

La luz le hizo guiñar los ojos. Cuando los volvió a abrir, lo hizo lentamente, acomodando las pupilas a la luz. Tardó pocos segundos en poder ver bien. Para entonces, sabía ya que estaba atada de pies y manos y sentada en un banco; delante de ella estaba viendo el proyector cinematográfico, de modo que, lógicamente, estaba delante de la pantalla, de espaldas a ésta. Desde la cámara proyectora le llegaba un foco de luz que la iluminaba, y le molestaba bastante. Aun así, distinguió a Yago junto al pequeño reflector, delante de ella. A su derecha, en el estrado, estaba Dictator, serio, como si su rostro fuese de nieve. Frente a Dictator, en los estrados del otro lado, Monique Lafrance vio a Ulla, sentada, con el pequeño Kinoo dormido en los brazos. Sentados junto a ella, con cara de sueño, estaban Jan, Dieter y Karl… Al parecer, el Tribunal estaba al completo…, aunque uno de sus miembros estuviese durmiendo en brazos de su madre.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó de pronto Yago.

—¿Mi nombre? Vamos, señor Yago, usted sabe…

—No. Ya no sabemos nada. Pero sí pienso que alguno de los gobiernos a los que estamos investigando y controlando últimamente ha podido saber algo sobre nosotros, sin duda debido a alguna traición, previsible en los humanos. Y usted ha sido enviada por alguien, por alguno de esos gobiernos, para iniciar nuestra destrucción. Usted no se llama Monique Lafrance… O en todo caso, se llama también Nora Tisdale, Brigitte Montfort y Galina Cherkova, ya que hemos encontrado pasaportes de usted con estos tres nombres, dentro de su maletín, que ha sido… registrado a conciencia. Hemos encontrado también otras cosas muy sorprendentes. Y cuando cayó usted sin sentido a mis pies, le cayó una de las lentillas de contacto, así que luego le quité la otra… Mientras hacía esto, observé una extraña deformación en sus facciones…, y así encontré un relleno que hinchaba un poco sus mejillas, y unos aros metálicos dentro de su nariz… Ahora, sus ojos son azules, su rostro más fino, sus facciones más delicadas… ¿Quién es usted, para quién trabaja, quién la ha enviado a destruirnos?

—Nadie me ha enviado a destruirles. Por el contrario, voy a hacerles un gran favor, señor Yago, al decirles que sus informadores que tanto dinero le están costando a Dictator les están engañando: no es cierto absolutamente nada de lo que consta en sus ficheros.

Sin duda, el presidente francés habrá hecho cosas que no le gustaría que se supieran, pero no lo que dice su ficha. Tampoco es cierta la ficha de Gerald Ford, el presidente de los Estados Unidos. Ni la de…

—¡Es usted la que está mintiendo! ¿Qué pretende? ¿Desconcertarnos, desorientarnos de tal modo que no podamos atender debidamente nuestra misión en el mundo? ¡Yo la acuso a usted de enemiga y traidora! Después de su incursión en el gabinete, sin autorización, me he dedicado a analizar todos los detalles de su anexión a nuestra organización, y ahora, ¡ahora!, me acuso de ingenuo y de tonto, y a usted de embustera, traidora, agente del poder exterior… ¡Pido que seas condenada a muerte y ejecutada cuanto antes!

Yago había ido elevando la voz, hasta que, finalmente, el pequeño Kinoo despertó y rompió a llorar.

—¿Cuál es la sentencia del tribunal? —preguntó con ira, pero con voz más contenida Yago.

Ulla y sus hijos, excepto Kinoo, miraron hacia el estrado donde estaba, solitario, Dictator. Éste alargó la mano hacia delante, abierta y con el dedo pulgar extendido, y la colocó hacia arriba; de pronto cerró la mano, menos el pulgar, y la colocó con éste apuntando hacia abajo… En el otro estrado, frente a él, Ulla hizo el mismo gesto, y en seguida, sus tres hijos mayores la imitaron.

—Ha sido condenada a morir… —dijo Dictator—. Mientras tanto, nosotros seguiremos adelante con nuestro objetivo… La sentencia se cumplirá al amanecer.

—Escuche, Dictator…

—El juicio ha terminado. Los miembros del Tribunal pueden retirarse.

Ulla se puso en pie, y se dirigió hacia la salida de la sala de juicios, seguida de sus tres hijos mayores y con el pequeño Kinoo en brazos, todavía lloriqueando… Dictator salió detrás, sin volver a mirar siquiera a Monique, que tenía fruncido el ceño. Yago se acercó a ella, revisó las cuerdas que sujetaban sus muñecas y tobillos, y se dirigió también hacia la salida.

—Yago.

—Es inútil —se volvió éste—: ha sido condenada, como los demás. Por lo tanto, morirá al amanecer, eso es todo.

—¿Y seré incinerada?

—No vale la pena: la tiraré al ventisquero, desde el helicóptero.

—Yago: ¿no comprende que les están engañando? El mundo es malo, es sucio, desde luego, pero a ustedes les están engañando, están exagerando las cosas, deformando horriblemente la verdad.

Los ojos de Yago brillaron, entre irónicos y siniestros.

—Usted, realmente, es demasiado inteligente. Por eso tendré mucho gusto en matarla yo mismo, y tirar su hermoso cuerpo al más grande ventisquero de las montañas suizas.

Capítulo X

Estaba sudando intentando en vano romper las cuerdas que sujetaban sus muñecas y tobillos, cuando la puerta se abrió y apareció Ulla. Durante unos segundos, las dos mujeres se estuvieron mirando fijamente, en silencio. Una de ellas, asustada y tensa como un conejillo amenazado: Ulla. La otra, sudorosa y dolorida, pero en absoluto asustada: Brigitte *Baby* Montfort.

La astuta Brigitte Montfort.

—Pase, Ulla —dijo serenamente—. ¿Quiere decirme algo?

La esposa de Dictator se acercó, temerosa y se quedó mirando a Brigitte con los ojos muy abiertos.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz aguda.

—Soy una espía americana, metida en esto por casualidad. Pero dispuesta a terminarlo. Hace muchos años que me dedico al espionaje, Ulla, y puedo resolver cualquier situación, por apurada que sea. Siempre ocurre algo que me ayuda, siempre… En esta ocasión, lo que ha ocurrido es que ha venido usted. Desáteme.

—No, no…

—Vamos, no sea tonta… Usted ha venido a pedirme algo, a convencerse de que puedo ayudarla. Usted quiere salir de aquí, con sus hijos, ¿no es así? Está harta de vivir sin sol y sin aire, enterrada en vida aquí abajo, con esos pobres niños, que estarían destinados a no conocer el sol, el mar, el aire, los pájaros, las flores auténticas, la vida, el amor… Está usted encerrada aquí, con dos locos, y unos criados que, cuando se marchan, ni siquiera saben dónde han estado, pero sí comentarán, riendo, que han estado en una cueva con una familia loca… Eso es lo que usted ha venido a decirme. Ya quería decirme algo, cuando estuvimos en el «jardín», pero no se atrevió, porque me veía adicta a su marido y a Yago, temía que delatase a Dictator sus pensamientos, sus sentimientos, sus deseos. Pero quiere salir de aquí, y espera que yo pueda ayudarla. ¿Es eso,

Ulla? ¿Es eso? ¿Quiere volver allá arriba, al sol, a ver las estrellas, el cielo, las aves y las flores? ¿Es eso lo que quiere? ¿Es eso, Ulla?

—Sí… Sí, sí, sí. Sí, sí, ¡¡¡síííí…!!!

—Pues desáteme. Sólo eso, Ulla, y, dentro de muy poco, estaremos libres todos. Vamos, desáteme.

Ulla se abalanzó hacia Brigitte, y la desató en pocos segundos. La espía se puso en pie, tras frotarse enérgicamente los tobillos durante unos segundos, y procedió a hacer lo mismo con las muñecas.

—¿Dónde está su marido? —preguntó.

—Quedó muy decepcionado y se retiró a reflexionar a su saloncito privado. Él es bueno… ¡Se lo juro, es bueno! Sólo quiere el bien de todos, y ha querido tener a salvo a su familia… ¡Le juro que él es bueno, Monique!

—De acuerdo, de acuerdo. Pero le están engañando. Y me parece que Yago no es ajeno a esto… ¿Dónde está Yago?

—Salió. Ha subido a preparar el helicóptero para llevársela a usted. No tardará mucho, pues ya está amaneciendo.

—Ha debido decidirse usted antes, Ulla. Pero ya no tiene remedio. En cuanto a Yago, sospecho que, simplemente, le está tomando el pelo a su marido, estafándolo. Todo este tinglado de… ¡Escóndase! ¡Y no se mueva, pase lo que pase!

Brigitte obligó a la desconcertada Ulla a pasar tras el estrado, y a acuclillarse. Se sentó acto seguido juntó los pies y puso las manos a la espalda… Apenas había terminado de adoptar la postura como si continuase atada, cuando apareció Yago, que se acercó mirándola ceñudamente.

—Ya es la hora —dijo—. La llevaré a…

—Espere un momento, por favor, Yago —suplicó Brigitte, sin mirar hacia Ulla, que estaba protegida de la línea visual de Yago por la plancha de madera—. Durante este tiempo he estado pensando en todo esto… ¿Realmente cree que le conviene matarme?

—¿Qué quiere decir?

—Llegará un momento en que usted, en efecto, no podrá atenderlo todo… ¿Por qué andar por el mundo buscando un ayudante, si ya me tiene a mí? Conozco el mundo, puedo viajar, hacer contactos con personas que aceptarían trabajar para

nosotros…

—Pero ¿qué dice? —exclamó Yago, riendo—. ¡Vamos, no sea estúpida! ¿De verdad cree que cada mes gasto doscientos mil dólares en pagar a informadores de todo el mundo?

—¿No?

—¡Claro que no! Una cosa son los tipos que hay en el Retiro. Ésos sí, ésos no puedo inventarlos, porque el chiflado ése quiere verlos de vez en cuando, y presenciar sus entrenamientos por el periscopio que tiene instalado entre unas rocas… A ésos tengo que contratarlos, y hacerles trabajar en ejecuciones y cosas así, para que Dictator se trague el resto del cebo. Los demás, esos informadores del exterior, ni existen ni han existido nunca. Hace unos años, siendo yo secretario de Dictator, me di cuenta de que éste estaba como una cabra, loco de remate, y que si yo no tomaba mis medidas, se iba a arruinar, sin beneficio para nadie… Quiero decir para nadie de mi estima personal, como soy yo mismo. Así que tomé mis medidas, fui ganando su confianza hasta tal punto que, cuando me pareció el momento, me lancé a hacerle sugerencias. Para mi asombro, aceptó. Me habló de que había estado pensando en construirse un refugio antiatómico en determinado lugar, y que se retiraría allá, después de casarse con una mujer joven y fuerte, que pudiese tener muchos hijos sanos. Bueno, es fácil de imaginar el resto, ¿verdad?

—Desde luego. Usted se ofreció para todo, y él agradecido, cada vez fue confiado más en usted. Y usted, cada mes, le pellizca doscientos o trescientos mil dólares.

—¡Así es! —rió Yago—. Pero, ¿acaso no me merezco una pequeña fortuna? Yo le ayudé, le busqué la novia, incluso… ¿Una muchacha joven, sana, fuerte…? ¡Aquí la tienes, amigo mío! Se llama Ulla, es joven, sana, fuerte, y además, hermosa. Ulla había aceptado mis condiciones: vivir unos años acatando los gustos de Dictador y dándole hijos, a cambio de heredar una gran fortuna al quedar viuda…, lo cual no podía tardar en suceder. Y ahí está Ulla, pudriéndose aquí abajo, mientras yo viajo por arriba, y voy pellizcando la fortuna de su marido, poniendo en mi cuenta de Zurich un promedio de un cuarto de millón de dólares al mes. ¡Me río cuando pienso que, al terminarse el dinero, los abandonaré a todos, desapareceré, y Ulla habrá perdido años de su vida, de su

belleza, de su juventud…!

—Pero tendrá cuatro hermosos hijos.

—¡Allá ella, sus hijos y el chiflado de su marido! Bueno, eso si no decido asesinarlos, como he estado haciendo con todos los heridos y todos los sirvientes que aceptaban venir aquí. Cuando los llevaba de regreso a su lugar de origen, con una «prima» extra como agradecimiento por los servicios prestados, lo que hacía era quedarme la prima extra y todo el dinero que habían ganado, y tirarlos al ventisquero…, que es ya un gran cementerio de tontos. Sí…, quizá lleve allí también a Ulla y al viejo loco. Pero mientras tanto, sigamos la farsa, inventando atrocidades a los dirigentes del mundo, y a los países, a fin de que Dictator insista en vivir en su refugio antiatómico…, y yo siga viviendo arriba, esperando el momento de vivir como un rey… ¡Como un dios, mejor dicho!

—Es usted muy inteligente, Yago.

—Me temo que no tanto como usted, pero me las voy arreglando para vivir. ¡Objetivo: vivir! —se echó a reír—. ¡Eso es, precisamente, lo que estoy haciendo!

—¿Ni siquiera se ha detenido a pensar que las ideas de Dictator son buenas en gran parte, y que las falsas informaciones que usted ha confeccionado para asustarlo e incitarlo, pueden llegar a ser ciertas algún día? ¿No ha pensado que quizá valdría la pena dedicar el esfuerzo y la locura de Dictator a cumplir realidades de bondad, de ayuda al prójimo? Con tanto dinero que tiene…

—¡Ese dinero es para mí! —saltó Yago—. ¡Para mí solamente! ¡No me interesan las ideas de ese loco imbécil, sino vivir como un dios, en un mundo que se me ha estado negando durante toda mi vida! ¡No me interesa nada ni nadie!

—¿Por qué no le dice eso personalmente a Dictator, Yago? Le está escuchando desde la puerta.

Yago lanzó una exclamación, y volvió la cabeza hacia la puerta de la sala del tribunal. Y, en efecto, quizá más blanco su rostro que nunca, allá estaba Dictator, mirándole fijamente. Sus facciones estaban desencajadas.

Tan desencajadas como quedaron las de Yago al verlo. El traidor volvió la cabeza de nuevo hacia Brigitte, mientras metía la mano derecha bajo su cazadora.

—¡Maldita sea, te voy a meter…!

En el momento en que sacaba la pistola, Yago vio el centelleante movimiento de la mano derecha de Brigitte Montfort.

Y ni siquiera tuvo tiempo de sorprenderse por el hecho de que la prisionera tuviera las manos libres. El golpe aplicado por la espía más peligrosa del mundo acertó de lleno a Yago en el centro del cráneo, que crujió como madera seca, hendido por el tremendo impacto. El rostro de Yago se desencajó de un modo atroz, los ojos giraron y quedaron con las pupilas hacia dentro, su cuerpo vibró como una varilla metálica…, y acto seguido, se derrumbó, muerto en el acto.

Brigitte fue al estrado, tomó de una mano a la encogida, temblorosa Ulla, y la obligó a ponerse en pie.

—¡Vamos! ¡Ahora podemos salir de aquí, Ulla!

La muchacha la siguió dócilmente hacia la puerta, mirando temerosa hacia su marido, que permanecía en el umbral, con la desorbitada mirada fija en Yago.

—Apártese, por favor —pidió Brigitte—. Y si tiene algo que recoger, hágalo pronto. Está amaneciendo, y creo que es algo que vale la pena ver cuanto antes. ¿De acuerdo, Dictator?

Éste volvió lentamente la mirada hacia la espía internacional y movió negativamente la cabeza.

—No… Nadie saldrá de aquí, Monique.

—Vamos, no sea estúpido —gruñó Baby—. ¿No ha oído a Yago? ¿No ha comprendido la verdad, que le ha estado engañando?

—Sólo en parte. El peligro atómico subsiste, el peligro de los hombres subsiste, todo sigue… casi igual, con la misma maldad, las mismas ambiciones… ¡Todo sigue igual!

—No sea absurdo. Salgamos todos. Y no se preocupe por el dinero: si Yago lo ha dejado ya arruinado, yo les ayudaré.

—¡Dinero! —rió Dictator—. No es eso lo que me preocupa, no, ya que tengo a nombre de Ulla y los niños una buena cantidad, que podrían cobrar en cuanto saliesen de aquí, y por tanto, yo dispondría de dinero. Pero no… Eso no me preocupa. Lo que me preocupa es vivir, y sólo aquí me siento a salvo de los horrores de la ambición y la codicia de los seres humanos…, que tarde o temprano, no lo duden, terminarán con todo vestigio de vida en la Tierra. Entonces, sólo yo, o mis descendientes, seguiremos aquí abajo, con vida…

—No —gimió Ulla—. Yo quiero salir… ¡Quiero salir! ¡Por favor, quiero salir, quiero salir…!

—Nadie saldrá de aquí —jadeó Dictator—. ¡Nadie, aunque para ello tenga que hacer explotar todas las cargas, y hundirlo todo yo mismo! Antes de enviaros afuera, antes de permitíroslo, yo mismo os destruiría, con las cargas que tengo preparadas… ¡No quiero que nadie de los que amo salga de aquí!

—Dictator —musitó Brigitte—, no tiene derecho a hacer eso. No puede hacerlo. Ni siquiera está en condiciones de atender a los suyos debidamente, de protegerlos. Usted está loco, tiene que entenderlo… Salga con nosotros, yo le llevaré a un médico que conocí hace tiempo y que le pondrá bien en poco tiempo. Se llama Schwartz, y tiene una clínica mental, precisamente aquí, en Suiza. Salga con nosotros y olvide estas… semilocuras. ¡Vamos, Dictator!

—¡He dicho que nadie saldrá de aquí! —ocupó el anciano el umbral.

Brigitte frunció el ceño, vaciló, miró a Ulla, y vio en los ojos de la muchacha el deseo ya incontenible, casi histérico, de salir de aquel agujero, de sacar de allí a sus hijos, de ver la luz, la noche, el cielo…

Volvió a mirar a Dictator, y ya no vaciló más. Dio un paso más hacia él, le puso la mano derecha en el hombro, junto a la base del cuello, y apretó. Dictator lanzó un alarido y cayó a los pies de la espía, que se volvió hacia Ulla, la cual también había gritado.

—Sólo está desvanecido —aclaró—. Vamos a salir inmediatamente de aquí… ¿Conoce el camino hacia el exterior?

—Sí, sí… ¡Pero no podemos dejar aquí a mi marido…!

—No se preocupe, él vendrá detrás nuestro en cuanto recupere el conocimiento. En cuanto vea que usted y los niños no están, se apresurará a salir en busca de ustedes. ¡Vamos a buscar a los niños, deprisa!

Pocos minutos después, Brigitte Montfort, Ulla y sus hijos, y los cuatro sirvientes de Dictator, subían a la superficie por medio del ascensor que funcionaba en el hueco vertical practicado en la roca. Aparecieron en el salón de descanso del Retiro, después de empujar Brigitte un trozo de pared. Tal como se había imaginado, desde allí la habían bajado directamente a la casa, después de narcotizarla con el café.

Por una ventana entraba un rayo de sol, rojo intenso, que dio en la cara del pasmado Jan, el cual alzó los brazos.

—¡Me duele, me duele…! —gritó.

—Protéjanse los ojos —indicó, Brigitte a Ulla—. Sobre todo, los de los niños, que nunca han recibido la luz del sol. Utilicen sus propias ropas para envolverse la cabeza. Yo voy a ver si podemos disponer del helicóptero.

Salió del Retiro. El helicóptero, en efecto, estaba allí delante, es decir, que ni siquiera tendría que molestarse en ir a buscarlo a su cercano escondite, pues eso ya lo había hecho Yago. Se volvió hacia la casa, haciendo señas, y al poco aparecieron los criados, ayudando a caminar a Ulla y llevando en brazos a los niños, todos ellos con la cabeza envuelta en ropa. Los propios criados, que llevaban ya varios meses en la gruta, tenían que protegerse los ojos como podían.

Cerca del edificio, el hombre que montaba guardia, y que había estado observando con curiosidad a Monique Lafrance, quedó sorprendido y desconcertado al ver aparecer a tanta gente en tan extraña forma, y tras vacilar, se dispuso a acercarse, agarrando su metralleta.

—¡Hey! —gritó—. ¡Monique!, ¿qué…?

La pistola de Yago apareció en la mano de Brigitte, que apuntó fríamente y disparó.

Plop, chascó el arma silenciosa. El hombre lanzó un gemido ahogado, tiró la metralleta hacia arriba, y cayó de espaldas, quedando inmóvil. El grupo estaba llegando ya al helicóptero, y Brigitte se reunió con ellos, ayudándoles a abordarlo rápidamente. Un instante más tarde, estaba ante los mandos, que accionó.

—¿Ha subido él? —preguntó Ulla, con la cabeza envuelta, sin poder ver nada—. ¿Ya está aquí, Monique?

—No.

—¡Entonces, no podemos marcharnos…!

—Sólo voy a probar si el helicóptero funciona debidamente. En cuanto Dictator suba a la superficie, lo recogeremos, no se preocupe.

Pero Brigitte *Baby* Montfort sabía que no podrían recoger a Dictator. Sabía perfectamente lo que haría éste en cuanto recobrase el conocimiento, y por eso tenía tanta prisa… Sus suposiciones estuvieron acertadas, naturalmente. Había conocido gente de toda

clase, fanáticos de toda clase, locos de toda clase. Y sabía que lo de las cargas explosivas en todo aquel reducto que había costado cientos de miles de dólares no era una mentira. Seguramente, era la única verdad de aquel lugar.

Pero, por fortuna, cuando las cargas comenzaron a estallar, y las montañas comenzaron a hundirse, arrastrando, engullendo a un loco y veintitantos asesinos, la divina espía estaba ya volando muy alto con el helicóptero, hacia un cielo limpio, radiantemente azul con tonos rojos de sol de aquel amanecer que, para cuatro seres, era el primero.

El primer amanecer auténtico.

A partir de aquel momento, ciertamente, podrían dedicarse a vivir…, si los demás hombres se lo permitían.

Este es el final

Finalmente, Hugo Melli consiguió salir de su asombro, y se quedó contemplando muy seriamente a la hermosa muchacha rubia de ojos verdes que tenía sentada ante él, en su lugar favorito del jardín, lleno de pinos y flores de su villa de Anzio, desde el cual se veía el mar. Ella había aparecido, se había invitado a sí misma a una copita de vodka, y le había dicho que iba a contarle una extraña historia que, además, le permitiría a él, a Hugo Melli, conseguir quizá el último gran triunfo de su carrera de espía, al llevar al Directorio del SID la explicación y la solución al atentado contra el ministro señor Rumor.

—De todos modos —dijo de pronto y por fin, Melli—, sé que usted no es rubia, sino morena. Recordé haberla visto en fotografías cuando estuvo a ver a su Simón moribundo. Y sé que entonces utilizó su verdadero aspecto, es decir, el de la periodista americana Brigitte Montfort.

—¿Qué importa eso ahora, Hugo?

—Lo digo por hablar de algo sensato —refunfuñó el veterano espía—. ¿Es cierta esa historia que me ha contado? ¿De verdad no pretende tomarme el pelo?

—No. Ni mucho menos pretendo eso. Sólo pretendo que usted explique las cosas en el SID.

—Así lo haré, pierda cuidado.

Brigitte Montfort bebió otro sorbito de vodka, y miró a Hugo Melli de tal modo que el italiano comprendió.

—Tiene algo más que decirme, ¿verdad? —sonrió.

—Sí… ¿Le gustan los niños?

—¿Los…? Bien, no lo sé. Jamás he tenido hijos, ni siquiera sobrinos… Usted ya sabe: los espías no podemos permitimos esa clase de lujos: ¡*Santa Madona,* nada menos que hijos…! No, no he tenido hijos, ni tendré ya nunca…, pero sí, me gustan los niños.

—¿No se siente solo, Hugo?

El espía italiano se mordió los labios e inclinó la cabeza. Tenía sesenta años, y por toda fortuna en la vida, una villa cerca del mar, con pinos y flores, y algo de dinero, ni siquiera mucho, en el Banco de Roma. ¿Solo? ¡Por Dios!, se sentía tan solo que a veces creía que el mundo se había detenido, y que todo estaba tan en silencio cómo aquella casa, con un jardín tan grande y silencioso que se oía el rumor del viento y el canto de los pájaros en los pinos… ¡Se sentía tan solo que, en ocasiones, pensaba que vivir no valía la pena, qué no había valido la pena para él!

—Quizá —dijo mirando de nuevo a la espía americana.

Ésta sonrió dulcemente. Terminó la copa de vodka frío, se puso en pie, y se alejó. Hugo Melli no se movió. ¿Eso era todo? ¿Así terminaba su contacto con la fabulosa Baby? Bien…, ¿qué más podía esperar? Ya próximo al retiro, había conseguido lo que pocos espías en el mundo, conocer a Baby, y, puesto que ella le permitía seguir viviendo, a pesar de que él conocía su verdadera identidad, significaba que podría contarse entre sus amigos. No era poco, ciertamente, no.

Pero aún quedaban más cosas por ocurrir en la vida de Hugo Melli, y éste lo comprendió cuando, en aquella tarde apacible y caliente de verano, con el sol poniéndose detrás del hermoso mar, la espía rubia regresó, acompañada de una muchacha alta, también rubia, es decir, aún más rubia que ella, y también hermosa, con unos ojos grandes, grandes, muy grandes… Llevaba un niño en brazos, y junto a ella, caminaban otros tres, el más pequeño de ellos tomado de la mano de Baby. ¡Qué rubios eran todos…!

Hugo Melli miró, especialmente, a la muchacha que llevaba al niño en brazos. *Santa Madona*, ¡qué hermosa era! Por supuesto, era Ulla, la viuda de aquel pobre loco…, que había muerto a los ochenta y cinco años.

Y él, Hugo Melli, solamente tenía sesenta. La verdad era que, físicamente, se sentía fuerte y joven. ¡Si no fuese por aquella tremenda soledad…!

La extraña comitiva se detuvo delante de Hugo Melli, que sonrió a Ulla, la cual correspondió tímidamente. Melli miró a los niños, y de nuevo a Ulla, que le contemplaba con gran atención, todavía con aquella tímida sonrisita en los bonitos labios… El espía italiano

tragó saliva y dijo:

—Qué niños tan preciosos… ¿Usted es Ulla?

—Sí —murmuró Ulla.

—Por el momento, pese a que ella es una viuda rica —dijo la sin par Baby Montfort—, no sabe adónde ir. Yo he pensado que sería interesante que, mientras lo piensa, ayudada por usted, sería muy agradable para los niños disponer de un jardín como éste donde jugar. Y hasta es posible que no tengan que marcharse nunca de aquí. ¿Qué le parece mi idea, Hugo?

Con su viejo corazón latiendo a toda velocidad, Hugo Melli miró de nuevo a Ulla, para intentar adivinar qué pensaba ella. Lo supo en seguida al ver su sonrisa y oír su suspiro. Luego, cuando los dos quisieron darle las gracias a Baby, ésta había desaparecido…

FIN

Notas

[1] Servizio de Informacione e Difensa, organismo italiano que, entre otras actividades, realiza las de contraespionaje, antiterrorismo, etcétera. < <

[2] —Virgen Santa… ¡Es usted la más bella del mundo!

—Muchas gracias, Hugo. < <

[3] Efectivamente, John Pearson *Fantasma*, es un querido amigo de Baby, con la que ha intervenido en diversas aventuras. En la actualidad, Pearson es un alto jefe en el MI5 británico. <<